

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

*LA JUDÍA DE TOLEDO*

PERSONAS que hablan en ella:

REY don Alfonso VIII  
Don FERNANDO Illán  
ÁLVAR Núñez, viejo  
GARCI López, viejo  
CALVO, gracioso  
DAVID, padre de Raquel  
RAQUEL, dama judía  
ZARA, criada judía  
DALILA, criada judía  
Un VIEJO  
Una MUJER  
Un CRIADO  
SOLDADOS  
MÚSICA

ACTO PRIMERO

Salen RAQUEL dama, y DAVID, su padre

RAQUEL:  
Suspende de tus ojos,  
padre y señor, el repetido llanto,  
que te ha causado enojos,  
y si mi amor puede contigo tanto  
como mi confianza,  
alcance amor lo que el dolor no alcanza.  
La causa que tuviste  
para tanto pesar me comunica;  
y si tu llanto triste  
en mudas quejas su dolor explica,  
pues que no sea tanto,  
dígamela tu voz, mas no tu llanto.  
¿Por qué tu pena escondes?  
Mira que dando estás tormento al alma.

En fin, ¿no me respondes?  
Mira que ya con tan penosa calma  
el dolor engañamos.  
¡O sintamos los dos o no sintamos!

DAVID:  
Eres, hija, importuna  
enemiga de ti, cuando engañosa  
buscas que tu fortuna  
te haga más infeliz por más hermosa,  
apurando el veneno  
que oculta el pecho de recelos lleno

RAQUEL:  
Si el mal comunicado  
halla alivio en la pena que mantiene,  
reparte tu cuidado,  
y el dolor hará menos, que te tiene  
en tan duro tormento,  
ya, de puro sentir, sin sentimiento.  
Comunica tus males  
y templaré al oírlos el tenerlos;  
que si los hizo iguales  
el amor, no se aumentan con saberlos;  
y quizás al oírlos,  
descansará tu pecho con decirlos.

DAVID:  
Raquel, este cuidado,  
que así es líquido aljófar desperdicio,  
no sólo en mí ha empleado  
el duro golpe que me priva el juicio;  
que a muchos toca siento  
mas no por eso es menos mi tormento.  
Toda mi ley padece  
el golpe de fortuna más airado;  
que el dolor ennoblece,  
siendo el honor, Raquel, el injuriado  
triste y común afrenta.

RAQUEL:  
¿No me dirás la causa?

DAVID:  
Escucha atento.

Después que Alfonso el octavo,  
rey de Castilla feliz,  
entre rebeldes tinieblas  
triumfante empezó a lucir,  
brillando el acero armado  
siempre en combate civil  
de opuestos afectos, ciegas  
luces de mentido ardid;  
después que a sus plantas nobles  
rindió la altiva cerviz  
que descollaba a horizontes  
presuntuoso cenit,  
y después que victorioso  
vio a Fernando desistir,  
ceñido el sacro laurel  
que usurpaba para sí;  
después que fijó el imperio  
y con pecho varonil  
al colorido del alma  
dio el valor oro matiz;  
después, en fin, que engañada  
envidia nueva, mentir  
hizo a la edad el ardor  
de experiencia juvenil;  
entre diversos combates  
que pudiera oprimir  
mayores fuerzas, el yugo  
supo al cuello sacudir,  
y en repetidas campañas  
contra la morisma lid  
de mil victorias cargado  
le vio su campo embestir,  
fuera el repetir sus glorias  
toda la luz reducir  
del sol a número, y todo  
ese estrellado zafir  
con la vista registrar  
y en la memoria escribir.  
De esta postrera lo digan  
las Navas, donde le vi,  
siendo de sus huestes todas  
presuntuoso adalid,  
competir con lo bizarro  
y triunfar de lo gentil.  
Pero, ¿para qué te canso  
en contar ni repetir

victorias que han de parar  
en tragedias para mí?  
Vamos al caso, Raquel,  
que ya no puede encubrir  
el silencio tanto tiempo  
la llama dentro de sí.  
A Toledo llegó Alfonso,  
y agradecido al feliz  
triunfo que a su Dios le debe,  
promulgó, en oprobio vil  
de la mosaica y hebrea  
ley, que para dividir  
de sus cristianos vasallos  
nuestra religión, salir  
nos mandaba de Toledo.  
Escucha; que desde aquí  
empiezan, Raquel, mis penas  
que en el secreto escondí  
de mi dolor, porque el tuyo  
en su noticia temí.  
Diez días ha ya que estamos  
desterrados, y de mí  
ha diez días que no sé  
con tan nuevo frenesí.  
En este aprieto los nobles,  
los ricos, que, de rabí  
descendientes, a sus tribus  
firmes siempre han de seguir,  
hicieron junta, y Rubén,  
descendiente de Leví,  
nuestro pontífice sumo,  
acordó que era bien ir  
alguna hermosa judía  
a hablar al rey, y decir  
de parte de su ley toda  
que el miserable infeliz  
estado de su rüina  
no aumentase introducir  
tan nueva mudanza al pueblo  
que, olvidado del motín,  
entre los hebreos vivía  
quieto, seguro y feliz.  
La causa que le movió  
a aquesto fue el presumir  
que, como el rey es tan mozo,  
en quien el ardor pueril

aun está expirando humos,  
del fuego inquieto aprendiz,  
puede ser que no tan firme  
quiera el voto proseguir  
con que a su ley sacrifica  
despojos de Sinaí.  
Y más, si es que la hermosura  
pone con mano sutil  
en la tabla de sus ojos  
de su veneno el buril,  
que es tan retórico el labio  
si sabe bello fingir  
que trueca distante unión  
entre el mirar y el oír.  
Persüade la hermosura  
con otras voces, y así.  
lo que lo atento callar,  
hace lo hermoso decir.  
Pareció bien este arbitrio,  
y acordándose de ti,  
quieren que tú misma seas  
la que vayas a pedir  
al rey por tu pueblo; todos  
unánimes, hija, aquí  
dicen que esperan tu amparo  
por más hermosa. Sufrir  
debes tan nuevo cuidado.  
Acuérdate de Judit,  
que por libertar su pueblo  
quiso arriesgarse a morir.  
Por el miedo de Nabal  
la prudente Abigaíl  
el ímpetu resistió  
de los campos de David.  
No has menester pelear,  
pues aunque vas a rendir,  
tú en tus ojos aseguras,  
triunfante victorias mil.  
Ya no he podido excusarte;  
sabe el gran Adonái  
cuánto intenté defenderlo,  
mas, ¿cómo podré encubrir  
los rayos de tu hermosura,  
pasma de Senacherib?  
Esto fue lo que confuso  
me tuvo, y aquesto, en fin,

lo que mi llanto ocasiona,  
pues aunque es justo cumplir  
el precepto de Rubén,  
también es justo advertir  
que hacer cebo tu hermosura,  
y de su temprano abril  
querer ya experimentar  
la flor que empieza a salir,  
es querer que se malogre  
el fruto con la raíz.  
¡Ay, Raquel! Cuánto lo lloro;  
mejor que de Isaac, allí  
el sacrificio presumo  
que yo te le labro aquí,  
pues si en el fuego de amor  
materia haciendo de ti,  
aplico la leña yo,  
causa de su llama fue.  
Hoy a la cumbre de Alfonso  
tu subo; mas, ¡ay de mí!,  
que hay incendio al abrasar  
y no hay cordero al herir.  
Ya te lo he dicho, Raquel;  
mis miedos no hagan huir  
el valor que te acompaña.  
Y pues sabes resistir  
las orejas a las vanas  
lisonjas, por desmentir  
mis temores, arma el pecho  
de encantos, Circe gentil.  
El árbol de Ulises lleve  
tu nave, que surta oír  
pueda las voces, y el sueño  
burle encantos a su ardid.  
Escúchate el más atento  
sollozar, mas no gemir;  
tus dos labios purifique  
nuevo alado serafín  
para bien del pueblo hebreo,  
y de la fama el clarín  
tu nombre eterno publique  
en uno y otro confín.

RAQUEL:

(¡No sé qué espíritu ardiente    Aparte  
tiranamente me ciega,

que a su voluntad me entrega!)  
A tu gusto está obediente  
Raquel. La embajada aceto;  
y si en mí libra el favor  
del rey, el pueblo, señor,  
desde luego le prometo.  
No así hagáis con fe perjura  
concepto, que desvanezca  
en lo que el valor merezca  
lo que debo a mi hermosura.  
¿Vos de mí tal presunción?  
¿Vos, sabiendo mi entereza  
tenéis miedo a mi belleza?

DAVID:  
No es miedo; que es prevención.

RAQUEL:  
Yo, que soberbia y altiva  
ni aun a la fama consiento  
que me alabe, porque intento  
que ella muera y que yo viva,  
pudiera negarme, avara,  
de mis ojos al crisol;  
aunque fuera Alfonso el sol,  
sus rayos menospreciara;  
y si hago experiencia aquí  
de mi soberbia crüel,  
sabré yo rendirle a él,  
mas él no vencerme a mí;  
con que se allana el intento  
que me pone vuestra ley,  
pues solo vencer a un rey  
tuviera por vencimiento.

DAVID:  
Pues si tanto te dispones,  
oye lo que has de decir.

RAQUEL:  
No he menester persuadir  
yo con ajenas razones,  
pues si al rey mover ordeno,  
a mi acento persuasivo,  
no irá el afecto tan vivo  
si fuera el discurso ajeno.

Y cuando mi resistencia  
a esta victoria se obliga,  
no sufra que nadie diga  
que ayudó con su advertencia,  
pues si fuere menos sabio  
mi discurso en sus enojos,  
yo haré que enmienden mis ojos  
los errores de mi labio.  
Voy a obedecer.

DAVID:  
Detente;  
que si estás determinada,  
no has de llevar la embajada  
con traje tan indecente.  
Menos alegre el dolor  
ostente tu sentimiento,  
porque dos veces atento  
acometa tu valor.  
Todo está ya prevenido.  
¡Zara, Dalila!

Salen DALILA y ZARA con un traje de gala

ZARA:  
¿Señor?

DALILA:  
Aquéste es mejor color  
para adornar tu vestido;  
con él representa atenta  
nuestro mal y nuestro bien,  
y diga el color también  
lo que el corazón intenta.

RAQUEL:  
Todo a tu obediencia asiste;  
mas, ¡ay de mí!

DAVID:  
¿Qué te ha dado?

RAQUEL:  
Inquieta el alma ha turbado  
este espectáculo triste.  
Aquesta pompa funesta

que negro aparato traza,  
¿contra qué vida amenaza?  
¿Contra qué vida se apresta?  
¿Qué librea es la que advierte  
mi afecto, en dudas deshecho,  
si voy a rendir un pecho  
con las señas de una muerte?  
La voz el dolor ataja  
que tan triste agüero ofrece,  
y hasta el corazón parece  
que se viste su mortaja.  
Quitad, apartad; que estoy  
temiendo --¡lance crüel!--  
cuando he de rendirle a él,  
que yo a ser rendida voy.

DAVID:  
¿Qué dices, Raquel? Advierte  
que éste es traje prevenido.

RAQUEL:  
Ya sé, señor, que es vestido,  
mas es vestido de muerte.

DAVID:  
Antes ese adorno vi  
que ajena muerte traslada.

ZARA:  
Y si tú fueras casada,  
no le temieras así.

DAVID:  
Igual pronóstico ha sido  
de que triunfante has quedado,  
pues de la muerte has sacado  
despojos en el vestido.  
Mas si te ha causado enojos...

RAQUEL:  
No prosigas; que quisiera  
que la misma muerte fuera,  
por beberla con los ojos.  
Venga ese adorno; que así  
burlarme quiero del hado;  
venceré al fin mi cuidado.

DAVID:

Mientras te vistes aquí,  
aplaudiendo tu dolor,  
la gente voy a juntar  
que te ha de ir a acompañar.

RAQUEL:

Guárdete el cielo, señor.

Vase DAVID

Y pues es preciso hacer,  
obediente a su precepto,  
ley su mandato --¡ay de mí!--  
daca, Dalila, el espejo  
y tú, Zara, harás que cante  
Débora entre tanto --¡ay cielos!--  
por ver si de aquesta suerte  
mi extraño pesar divierto.

ZARA:

Tú has hecho como judía  
en haber tenido miedo.

Pónle DALILA un espejo delante, empieza a  
vestirse, y suena música

RAQUEL:

No mal mi mal acredito  
si por despojos empiezo,  
pues me quita lo que gozo  
el logro de lo que temo;  
desnude el pecho el vestido,  
y vista el alma el afecto;  
mas, ¿quién no teme en aquél  
alegre y éste funesto?

ZARA:

Si tu hermosura es beldad,  
mejor es dejarla en cueros.

RAQUEL:

¿No cantan, Zara?

ZARA:

Ya cantan.

RAQUEL:

¡Qué mal mi quietud suspendo!

MUSICA:

"A los ojos de David  
Bersabé rindió su esfuerzo,  
porque los ojos de un rey  
pueden más cuando hablan menos".

RAQUEL:

No fuera si el sagrado  
del amor rindiera fueros;  
que no hay imperio en las almas,  
aunque hay dominio en los cuerpos.  
Apriétame el pecho, Zara,  
que no será nuevo aprieto,  
y al cristal de mi pureza  
defienda este muro negro.

MUSICA:

"Miróla una vez el rey,  
y bastó a encenderle luego;  
porque, como está más libre,  
la vista de un rey es viento".

RAQUEL:

Antes, no, porque un rey tiene  
más cautivos sus afectos,  
si ha de medir advertido  
las acciones con el puesto.  
Suéltame el cabello, Zara,  
que ese adorno lisonjero,  
si ha de prender con su engaño,  
no es justo que vaya preso.

MUSICA:

"Retiróse Bersabé  
a los principios, mas luego  
el triunfo de su hermosura  
celebró correspondiendo".

RAQUEL:

¿Cómo se puede llamar  
triunfo el poco rendimiento?

Dejarse vencer arguye  
o poca fortuna o miedo.  
De aquellos negros listones  
me pon lazos; que los llevo  
previniendo mi cautela,  
por si Alfonso cae en ellos.

MUSICA:

"Acabó el gustoso halago  
en trágico fin sangriento,  
y envuelto en sangre de Urías,  
voló el amor más soberbio".

RAQUEL:

Calla, calla, no prosigas;  
que de tu voz a los ecos  
infausto culto me rinde  
el amor, y en el inquieto  
agüero de mi porfía  
has añadido otro agüero.

ZARA:

Deja, señora, ese tema,  
y mira que ruido sienta,  
señal de que ya te esperan.

RAQUEL:

Yo también a mí me espero.

ZARA:

Hermosa estás, nada temas;  
a un rey vas a ver, y puesto  
que de otra ley, allá van  
leyes donde quieren ellos.

RAQUEL:

Vamos. (Deidad soberana,     Aparte  
que influyes mortal veneno,  
blanca hija de las espumas,  
madre del alado ciego,  
a cuyo templo consagra  
la inmunidad de los tiempos  
de mortales acechanzas  
fantásticos vencimientos;  
préstale imán a mis labios,  
dales a mis ojos fuego,

infunde ardor en mis voces,  
llena de espíritu el pecho  
contra Alfonso. Contra Alfonso  
lleva el azote, hiriendo  
los blancos cisnes que tiran  
tu carroza por el viento.  
Llega, deidad soberana,  
ampara, ayuda mi intento;  
así de Adonis la muerte  
mienta el trágico silencio,  
y así el gentílico aplauso  
vuelva a consagrarte templos;  
que tú ayudando cuando yo venciendo,  
daremos fama y sacaremos premio).

Vanse. Salen FERNANDO Illán, galán,  
y CALVO, gracioso

CALVO:

Digo, señor, que no puedo  
mejor día haber tenido.

FERNANDO:

Pero, ¿qué te ha parecido,  
Calvo, la imperial Toledo?

CALVO:

De ella, señor, no he gustado;  
la confusión de la corte  
no es para hombres de mi porte,  
criados al desenfado.  
Aquí, si en palacio entramos  
con ceremonias y extremos  
al alba nos recogemos  
y a las doce no almorzamos.  
Todo es semblante severo,  
todo respecto y cuidado;  
al que sale, al que ha llegado,  
dándole al pie y al sombrero.  
Mejor de la guerra siento,  
donde es toda la atención  
cumplir con su obligación  
y no hay otro cumplimiento.

FERNANDO:

¿Cuándo en la corte no ha estado

la confusión más atenta  
y la quietud más violenta?  
Lo que yo te he preguntado  
es del sitio, del lugar.  
¿Qué te parece?

CALVO:

Señor,  
que es para trepar mejor  
que no para pasear;  
mas su disculpa le queda  
también, cuando así le igualo,  
que no puede ser muy malo  
lugar donde todo rueda.  
Sus calles y sus hatajos  
a cualquier vecino ofenden,  
y no sé cómo se entienden  
con tantos altos y bajos.

FERNANDO:

En vano así te querellas  
de una ciudad tan hermosa  
cuya fábrica famosa  
compite con las estrellas.

CALVO:

Aunque es buena cortesana,  
de ella apartarme procura;  
que no puede ser segura  
cosa que no fuera llana.

FERNANDO:

La novedad con que agora  
confuso está y alterado  
el pueblo, te habrá causado  
poco gusto. ¿Quién lo ignora?

CALVO:

¡Notable entereza fue  
la de Alfonso!

FERNANDO:

Ya lo veo;  
pero en fin ningún hebreo  
quiere que en su tierra esté.

CALVO:

Muy justo será el desvelo;  
mas, ¿dónde pueden parar  
si en la tierra no han de estar,  
porque ellos no han de irse al cielo?

FERNANDO:

Mucho el vulgo lo ha sentido;  
mas, viendo tan justa ley  
se quietará; que es el rey  
amado como temido.

CALVO:

Grande ha hecho su opinión;  
mas yo no pienso decir  
bienes de él hasta salir  
bien de cierta pretensión.

FERNANDO:

¿Pretensión tú?

CALVO:

Pues, ¿qué extrañas?  
¿Seré en la corte el primero  
que pretenda de hazañero  
aunque le falten hazañas?

FERNANDO:

¿Y qué piensas pretender?

CALVO:

Un cargo así del derecho  
que sea de gran provecho  
y tenga poco que hacer;  
y esto con maña y audacia,  
entablado a lo bellaco,  
si en justicia no lo saco,  
nos valdremos de la gracia.  
Además, que tengo ya  
un escolar, grande amigo  
y muy docto, que conmigo  
el memorial dispondrá;  
y ajustados los contratos,  
me ofrece con su jüicio  
el sacarme a mí el oficio  
porque le dé unos zapatos.

FERNANDO:

Pues si está tan desvalido,  
¿cómo para él no apetece  
eso mismo que te ofrece?

CALVO:

No quiere; que es un perdido.

FERNANDO:

¿Y qué oficio tu talento  
espera?

CALVO:

Al rey le diré  
que por agora me dé  
el que hallare más a cuento;  
y haciendo de mi valor  
experiencia, si importuno  
viere que obro mal en uno,  
me ponga en otro mejor.

FERNANDO:

Bien esa razón se admite,  
pero ya el rey sale aquí.

CALVO:

Si se ofrece hablar de mí,  
dile algo que me acredite.

Salen ÁLVAR Núñez, de barba,  
GARCÍ López, y el REY don Alfonso

REY:

Ya con eso apaciguado  
quedará el reino y seguro.

ALVAR:

Como su quietud procuro,  
nada niego a mi cuidado;  
bien es verdad que primero  
el riesgo a que se exponía  
tu corona proponía  
porque templases severo  
tu rigor; pero ya agora,  
que el lance enmienda no admite,

como la intención permite,  
la solicitud mejora.

REY:

Yo espero que, apaciguado  
el pueblo, mi arrojo alabe.

GARCI:

¿Quién como tu pueblo sabe  
lo que debe a tu cuidado?

REY:

¿Fernando?

FERNANDO:

¿Señor?

REY:

¿Adónde  
has estado?

FERNANDO:

De mi ausencia  
causa ha sido la obediencia  
que a tu afecto corresponde;  
ocupado en visitar  
toda la ciudad he andado,  
como mandaste; cuidado  
que no se debe olvidar.  
Inquieto el vulgo parece  
que está contra tus deseos  
de desterrar los hebreos;  
y aunque atento te obedece,  
siente su falta.

GARCI:

No es mucho,  
porque con ellos aumenta  
su población y su renta.

REY:

Con sentimiento os escucho.  
¿Cuánto mejor es tener  
limpia de ritos tiranos,  
que llena de ciudadanos  
a Toledo? ¿Puede hacer

falta a la ley verdadera  
la hebrea? Como obro, debo.

ALVAR:  
(¡Qué bríos tiene el mancebo!) Aparte

REY:  
Y aunque provechosa fuera,  
no quiero en esta ocasión  
aumentos contra mi ley.;  
que para un prudente rey  
primero es la religión.  
Hierba mala que arrancar  
no ha de quedar en la mía.

Sale un CRIADO

CRIADO:  
Afuera está una judía,  
señor, que te quiere hablar,  
con grande acompañamiento  
de hebreos, que, lastimosos,  
en su semblante, llorosos,  
publican su sentimiento.

REY:  
Entre; mas si el fin arguyo,  
mal la razón le defiende.

ALVAR:  
Sin duda el pueblo pretende  
revocar el orden tuyo.

REY:  
Conocerá mi entereza,  
siendo en sus quejas mayor.

Salen RAQUEL, vestida de gala, y damas de  
acompañamiento

RAQUEL:  
A tus plantas, gran señor...

REY:  
(¡Qué desdichada belleza!) Aparte

Míranse uno al otro y túrbase RAQUEL  
al hincar la rodilla

RAQUEL:

Llega Raquel que, abatida,  
de ti, del pueblo y del hado...  
(Su presencia me ha turbado. Aparte  
¡Pese a la lengua encogida!)  
...una infeliz...

REY:

Levantad.  
(La turbación que asegura Aparte  
hace mayor su hermosura).

RAQUEL:

(¡Qué agradable majestad!) Aparte

FERNANDO:

(¡No vi perfección más rara!) Aparte

CALVO:

(¡Un prodigio es la judía! Aparte  
¡Lástima es, por vida mía,  
que lleve el diablo esa cara!)

REY:

¿Qué es vuestro intento, admirable  
mujer?

RAQUEL:

(¡Ea, pena infiel! Aparte  
Contrástele lo crüel;  
no le atiendas lo agradable).  
Dar muestras de mi pasión  
quiero, cuando a tus pies llego...

REY:

Proseguid, pues. (Yo estoy ciego; Aparte  
mas no es culpa la atención).

RAQUEL:

Una mujer hebrea,  
que libertar su religión desea,  
viene, Alfonso, a rogarte,  
con lástimas, con llanto, si ablandarte  
mereciere importuna,

que hagas menos crüel nuestra fortuna.  
Rey, señor soberano,  
a cuyo imperio rinden más que humano  
feudo los corazones,  
atiende a mis razones.  
Enternézcante en tanto  
que te está diviertiendo triste llanto.  
Los míseros gemidos  
con que hiere el hebreo tus oídos,  
y el humor que resuena en tus orejas,  
participe del eco de mis quejas.  
Torpe ya y sin aliento,  
desunido el enjambre por el viento,  
sólo el susurro escucha  
del errado destierro con que lucha.  
El blanco panal deja  
la solícita abeja  
y el corcho desampara, a quien hacía  
trabajo amargo dulce compañía,  
echando menos voluntad sincera  
el rubio hijo de la blanca cera.  
Así desamparada  
yace la sinagoga maltratada.  
Al rumor de tus voces  
huye el enjambre, y miden ya veloces  
su error con tus deseos,  
poblando el campo míseros hebreos.  
Ya, por última rüina  
del temido dolor que se avecina,  
rendida a la pasión que los ahoga,  
arruinada cayó la sinagoga,  
y al mirar desunido el edificio,  
llanto común lloró su precipicio.  
Las tablas que Moisés guardó sagradas  
segunda vez se miran quebrantadas,  
y en venganza feliz de su ley santa,  
llora el hebreo y el cristiano canta.  
Mofa común, escarnio de la plebe,  
llueve en sus voces y en sus ojos llueve,  
riega el llanto contino  
el trillado camino,  
y florecen en vez de clavellinas  
contra sus pies de abrojos y de espinas,  
sangre que no derrama  
pena común que a tanto dolor llama,  
aunque con queja muda,

suda el afán y el sobresalto suda  
vagando errantes, sin errar baldíos,  
por una y otra parte los judíos.  
Jerusalén segunda  
Toledo es ya, cuando su llanto inunda  
y de tanto concurso desterrada,  
la ciudad populosa desolada  
yace como viuda,  
muda al ardor y al sobresalto muda.  
Llorando quedará [de] noche y día  
la apacible, la antigua compañía  
que la hicieron amigos  
los que agora la injurian enemigos.  
Del amargor cautiva,  
muerta al consuelo, si a la pena viva,  
sus calles va regando  
de nuestros sacerdotes, que llorando  
acompañan las vírgenes, ultraje  
del triste rostro, descompuesto el traje,  
el anciano alarido  
el alma arroja con cualquier gemido,  
dejando sus querellas inhumanas  
maltratada la plata de sus canas.  
Ten piedad de nosotros, rey famoso;  
no tribute a tus triunfos tan costoso  
aplauzo, que llorando  
mísero agüero, esté pronosticando  
presagio, que desdice  
de lo mucho que el hado te predice.  
Con risa, y no con llanto,  
debes solemnizar aplauzo tanto,  
o con llanto sin risa,  
nuestro destierro mísero te avisa  
de algún suceso extraño.  
Vuelve, Alfonso, los ojos a tu engaño;  
que no es, no, religión la que te mueve  
a que airada se cebe  
en tan humilde triunfo tu presencia  
de la más abatida resistencia.  
Mas, ¿qué dudo? ¿Qué temo?  
Rey soberano, príncipe supremo,  
a nuestro afecto atiende.  
Quien te obedece más, ¿en qué te ofende?  
¿La humildad con que obliga  
más un vasallo, tu rigor castiga?  
Vuelve, señor, los ojos,

y verás cuántos míseros despojos  
tu piedad aguardando,  
en lastimoso llanto están bañando  
tus umbrales, que mira  
oscuros la victoria con la ira,  
y repitiendo males,  
de lástimas cubiertos tus umbrales.  
Mira cómo te aclaman  
rey victorioso; y cuando así te llaman,  
segunda Ester, si no con tanta dicha,  
yo sola vengo a ser de su desdicha  
protectora, abogada, presumida,  
por mujer, por hermosa y afligida,  
diciendo en todos el afecto ansioso...

TODOS:

Ten piedad de nosotros, rey famoso.

REY:

Enternecido estoy; mas no me espanto  
si me habló la hermosura con el llanto;  
que puede mucho, si vencer procura,  
cuando el llanto hace voz de la hermosura.

ALVAR:

A piedad me ha movido.

GARCI:

Lástima la he tenido.

FERNANDO:

Su belleza persuada, y sus razones  
rémoras son de humanos corazones.

CALVO:

Sus lágrimas provocan a cogerlas;  
que tiene un llanto, a fe, como unas perlas.

REY:

(Turbado estoy).   Aparte  
Del suelo  
te levanta; que yo... (¡Válgame el cielo! Aparte  
¡Qué loco arrojamiento!  
Resuelto estuve a conceder su intento;  
reprimirme es forzoso.  
No vi afecto de amor más poderoso).

RAQUEL:

¿Qué respondes, señor? (Mi muerte temo Aparte  
en su decreto, y ya con más extremo  
en mi altivez, que ociosa se despeña,  
lo que falta intenté, busco halagüeña).

REY:

Yo veré el memorial. (Fieros enojos, Aparte  
no está en él la razón, sino en sus ojos).

RAQUEL:

(De ansia y congoja muerto.  
Búscole amante y hállole severo  
en esfuerzo engañoso).  
Pues, rey, señor, Alfonso generoso,  
si tu gusto lo advierte,  
lógrale, y más que sea en nuestra muerte;  
que ésta es más que violencia;  
felicidad será por tu obediencia.

REY:

(A su voz y a su vista Aparte  
no hay poderoso esfuerzo que resista.  
¡Sin mí estoy! De esta suerte  
disimulo las señas de mi muerte).

Vase el REY

RAQUEL:

¿Así, señor, os vais? ¡Pena violenta!  
(Mas, mi fácil pasión, ¿qué es lo que intenta?)

ALVAR:

El rey se ha retirado.

GARCI:

Mal despacho tenéis.

Vanse GARCI López y ÁLVAR Núñez

RAQUEL:

De mi cuidado  
peor juzgo tenerle.

FERNANDO:

Vuestra porfía debe de ofenderle.

RAQUEL:

Pensé vencer a Alfonso, y voy vencida;  
ni llevo libertad ni llevo vida.

Vase RAQUEL

FERNANDO:

Prudente el rey se ha mostrado.

CALVO:

¡Vive Dios, que es un Nerón!  
Y no tiene corazón  
hombre que no se ha ablandado;  
y si me pidiera a mí  
lo que a Alfonso, no se fuera  
mal despachada, y no tuviera  
luego el sí con otro sí.

FERNANDO:

Por su ley es bien que el rey  
templara así esos extremos.

CALVO:

También por acá queremos  
muchas que no tienen ley.

FERNANDO:

¿Posible es que te aconseja  
el deseo tal error?

CALVO:

Pues dime, ¿ésta no es mejor  
que no una cristiana vieja?

FERNANDO:

Tu ignorancia lo apercibe.

CALVO:

Yo, si alguna me ha agraviado,  
en mi vida he deseado  
saber en la ley que vive;  
y a muchos se les consiente  
casarse, y no es culpa grave,  
con mujeres que se sabe

que no obran cristianamente.

FERNANDO:

En ésta el defecto es llano.

CALVO:

Sin embargo, he de sentir  
que, llegada a reducir,  
no es mala para un cristiano.

FERNANDO:

La ignorancia te hace errar  
en tan torpe parecer.

CALVO:

Mira, en cualquiera mujer  
que yo persuado a pecar,  
siendo católica, obligo  
dos riesgos, esto es lo cierto.  
El suyo, pues la perverso,  
y el mío, pues mi error sigo.  
Y en ésta no, pues lograda  
la culpa, me ofende a mí,  
pues ella, así como así,  
se estaba ya condenada.

FERNANDO:

Vete; que el rey ha llegado.

CALVO:

Voyme, pues. (¡Hay tal porfía? Aparte  
Miren si por ser judía  
desdice para el pecado).

Vase. Sale el REY

REY:

Fernando.

FERNANDO:

¿Señor?

REY:

(La llama Aparte  
en que confuso me abraso,  
mal reprimido en el pecho,

quiere exhalarse en el labio.  
Perdido estoy).

FERNANDO:

(Cuidadoso    Aparte  
parece que el rey me ha hablado.  
¿Qué puede ser?)

REY:

(Ya es rigor    Aparte  
lo que sufro y lo que callo.  
Sirvan de alivio mis voces;  
que si la pasión ha dado  
consentimiento al deseo,  
será error más temerario  
ocultar lo que me aflige  
cuando no basto a estorbarlo).

FERNANDO:

Permite que afectuosa  
mi duda, en tantos cuidados  
como tu semblante ofrece,  
sepa la causa.

REY:

Fernando,  
grave es mi mal.

FERNANDO:

(¿Qué impensada    Aparte  
novedad es ésta?)

REY:

Y tanto,  
que está en la muerte el remedio.

FERNANDO:

(El corazón se ha turbado).    Aparte  
¿Quién le ocasiona?

REY:

Yo mismo,  
yo soy mi mayor contrario;  
con mis potencias peleo,  
con mis sentidos batallo,  
y ellos me rinden y yo

a defenderlo no basto.

FERNANDO:

(Notable riesgo apercibo.      Aparte  
¡Válgame el cielo! ¿Si acaso  
Raquel apurarlo intenta?)  
¿Quién tan aprisa ha mudado  
a tu quietud el sosiego?

REY:

Un favor, un sobresalto,  
un ahogo, una pasión,  
un sentimiento, un cuidado,  
un frenesí, una locura,  
un fuego, un incendio, un rasgo  
de todos los males juntos;  
y en fin, para publicarlo...

FERNANDO:

¿Es amor?

REY:

¿Por qué me atajas?

FERNANDO:

Porque pasión tan de humano  
no es bien que tú la publiques;  
y así, el discurso adelanto.  
Que si me engaño, no pierdes  
tu autoridad, en mi engaño,  
y si acertare, te excuso  
que, sacándola a los labios,  
por dejarme satisfecho  
te quedas tú desairado.

REY:

Amor es, pero no dudo,  
aunque estimo tu reparo,  
el publicarlo, porque  
cuando oprobio más villano  
me ha reducido, tener  
atenciones es en vano.  
Juzga tú cuál puede ser,  
pues cuando de él no hago caso,  
tiene por malo el amor  
y es en mí lo menos malo.

FERNANDO:  
(Cierta salió mi sospecha). Aparte  
Pues permíteme arrojado  
que te pregunte.

REY:  
Pregunta;  
mas, si has de hallar mi cuidado,  
discurre primero tú  
los más dudosos acasos;  
porque, si al mayor no llegas,  
no has de conocer el daño.

FERNANDO:  
¿Tan extraño es el suceso?  
REY: Sí, Fernando, el más extraño  
que pudiera haber movido  
la fuerza de los encantos.

FERNANDO:  
(No hay que dudar). Aparte  
Pues, señor,  
lo breve del sobresalto  
al lance que se ha ofrecido,  
la prevención del reparo,  
me hace pensar que Raquel  
pudo...

REY:  
¿De qué estás dudando?  
Que tú lo pienses deseo.  
Dilo, en tu voz me declaro,  
y deja que te agradezca  
el consuelo, pues es llano,  
si lo juzgares posible,  
que ya lo habrás disculpado.  
Raquel fue; Raquel la bella,  
aquel divino milagro  
de hermosura me ha rendido;  
toda la luz de los astros  
vi en sus ojos, todo el sol,  
en negros lutos bañado.

FERNANDO:  
Pues, ¿cómo tan presto pudo

rendirte?

REY:

Porque el contacto  
de las manos, de los ojos,  
cebo del pez, que animado  
por la caña le introduce  
al pescador su contagio,  
introdujo en mí el veneno  
por los ojos y las manos.  
Demás de que, ¿cómo quieres  
pedir ley a los acasos,  
dar tiempo a los pensamientos,  
buscar razón a los astros  
para lo que ellos infunden?  
Yo no sé más que penando  
estoy desde que la vi,  
y a mí me estoy preguntando  
lo mismo que tú preguntas,  
y responde amor a entrambos  
que, pues estoy muriendo y adorando,  
causa debe de haber para mal tanto.

FERNANDO:

Permíteme que te culpe  
arrojo tan temerario.

REY:

Sí, permito; mas advierte  
que no es acción de vasallo  
piadoso la que pretendes,  
Pues mis intentos culpando,  
haces mayor mi pesar  
y no menor mi cuidado.

FERNANDO:

Contraria ley es la suya.

REY:

¿Cuándo amor no fue contrario?  
Mas en el gusto, ¿quién puso  
leyes ni introdujo mandos?  
Pues en sus libres deseos  
puedo, cuando más templado,  
quitarme lo que deseo  
pero no el desearlo.

FERNANDO:

Pues, ¿cómo el ser imposible  
no te templa?

REY:

Antes me ha dado  
mayor inquietud el serlo;  
que en los afectos humanos  
como es espíritu es obra  
de alta poderosa mano,  
aquel heroico principio  
los enciende, y arrojados,  
pretenden el imposible  
no por bueno, por contrario,  
no por lo que gozar pueden,  
sino sólo por gozarlo.

FERNANDO:

No ha de ser esto querido  
de ti, sino despreciado;  
con que no está el imposible  
en ella, sino en tu estado.

REY:

No es razón que me convence,  
pues si como rey me hallo  
superior, como hombre estoy  
sujeto. Con que, luchando  
lo hermoso con lo rendido,  
lo altivo con lo postrado,  
cuando como rey la obligo,  
la estoy como hombre adorando,  
como humano la pretendo  
y la oigo como cristiano.

FERNANDO:

Pues, ¿qué presumes hacer?

REY:

¿Qué he de hacer? Morir callando.

FERNANDO:

Lástima tengo a tu pena.

REY:

¡Qué poco alivio me has dado!

FERNANDO:

No es bien perder a mi rey.

REY:

Y a tu amigo, ¿es bien dejarlo?

FERNANDO:

No sé cómo responderte.

REY:

Yo sí; muriendo y penando.

FERNANDO:

El tiempo hará que te venzas.

REY:

¿No sabes que el tiempo es falso?

FERNANDO:

Sé que la razón conoces.

REY:

También sé que me está hablando  
la memoria por mi amor,  
y que nos repite a entrambos  
que, pues estoy muriendo y adorando,  
causa debe de haber para mal tanto.

Vanse los dos

## ACTO SEGUNDO

Dentro

VOCES:

¡Viva Raquel! ¡Raquel viva!  
¡Libertadora del pueblo!

Sale RAQUEL

RAQUEL:

¿Para qué queréis que viva

Raquel, si vive muriendo?

VOCES:

¡Viva Alfonso! ¡Alfonso, viva!

¡Rey piadoso y justiciero!

Sale el REY

REY:

¿Para qué decís que viva

Alfonso, si Alfonso es muerto?

RAQUEL:

(De mi inquietud y mis penas    Aparte  
oculto un volcán encierro).

REY:

(De mis ansias y suspiros    Aparte  
todo un Vesuvio alimento).

RAQUEL:

(¡Para qué me llama el rey    Aparte  
si no es que quiere que el fuego  
que empezó a encender su vista  
acabe de arder mi pecho?  
Mas, ¿qué me turbo? Quizás  
de mi natural soberbio  
la ambiciosa pesadumbre  
descansará en su despeño).

REY:

(A Raquel llamó mi amor,    Aparte  
que en la inquietud que padezco,  
si no puedo sentir más,  
gozar más con verla puedo;  
y quizá de su hermosura  
el altivo, el siempre bello  
desdén, a tanta grandeza  
le hará la ambición trofeo).

Míranse

RAQUEL:

(Mas el rey es el que miro).    Aparte

REY:

(Mas Raquel es la que veo).    Aparte

RAQUEL:

Señor...

REY:

Hermosa Raquel,...

RAQUEL:

...a tus pies...

REY:

...alza del suelo.

RAQUEL:

...cobarde estoy...

REY:

Yo, mortal

y sin vida...

RAQUEL:

...y sin aliento...

REY:

...no sé cómo a hablar empiece.

RAQUEL:

...mis turbaciones confieso.

REY:

¿Estarás ya satisfecha

de mi piedad?

RAQUEL:

Nunca menos

me prometí, cuando osada

profané el sagrado templo

de tu piedad con mis quejas;

voces de mi sentimiento;

y así, señor, a tus plantas

hoy, que agradecida vuelvo,

ofrezco una esclava humilde,

si tuya merezco serlo.

REY:

(¿De qué me sirve callar?)    Aparte  
Reviente el duro veneno  
que en el corazón madura  
la triaca del silencio).  
¿Y sabes tú para qué  
te he llamado?

RAQUEL:  
¿Cómo puedo  
tus órdenes penetrar,  
ni alcanzar tus pensamientos?

REY:  
Ésa es mi pena, Raquel;  
que cuando amante padezco,  
la medicina del mal  
ignore el mal de que muero.

RAQUEL:  
Pues, ¿quién causa tu pasión?

REY:  
Tus ojos, bellos luceros  
que abrasan lo que iluminan  
y alumbran lo que encendieron;  
tú mi enfermedad has sido.

RAQUEL:  
¿Yo tu enfermedad? No entiendo  
tan nuevo modo de pena.

REY:  
Pues yo explicártelo quiero,  
porque, ya que a declararse  
está el corazón dispuesto,  
por mal entendido el daño,  
no se disculpe el remedio.  
Yo te adoro.

RAQUEL:  
No prosigas.  
Templa, señor, tus afectos;  
que en acciones que te pueden  
equivocar el respeto,  
es menos mal que en mi duda  
padezca algún detrimento

mi pundonor que no el tuyo.  
¿Villana acción en real pecho?

REY:

Amor es noble pasión.

RAQUEL:

Cuando es igual el sujeto.

REY:

En llegando a amar, le llega  
a hacerle igual el deseo.

RAQUEL:

Eso es en la voluntad,  
mas no en el entendimiento;  
y así, nunca fue seguro  
amor desigual, pues vemos  
que mal prevenidos luchan  
los dos sentidos opuestos,  
calumniando la razón  
lo que admite el pensamiento,  
y viene a quedar vencido  
el que de los dos es menos.

REY:

Si el entendimiento juzgas  
que es sentido más perfecto  
que la voluntad, te engañas;  
pues, dudoso en sus afectos,  
aquel nunca se resuelve,  
y cobarde con el miedo,  
envilece la razón  
que tuvo para el concepto;  
la voluntad, no, que heroica  
con noble, altivo denuedo  
a segundas causas nunca  
se rindió, pues previniendo  
al registro de la idea  
el examen de su empleo,  
admite como seguro  
lo que juzga como nuevo.

RAQUEL:

Pues de esa misma razón  
se ha de valer mi argumento;

que sentido que se vence  
tan fácilmente, es muy cierto  
que no acertó en la firmeza  
o erró en el conocimiento.  
Pasión que ciega no duda  
atropellar el ingenio,  
cuando más firme camina,  
tropieza en el escarmiento.

REY:

No es amor el que no ciega  
el discurso.

RAQUEL:

Ni es perfecto  
amor el que a la razón  
entorpeció el movimiento.

REY:

Para amar no hay más razón  
que ser amable el objeto  
que se elige, y esto es  
siendo hermoso, siendo bello;  
luego más perfectamente  
amará el que más atento  
hiciera en la voluntad  
de lo más hermoso aprecio;  
y así, con esta razón,  
Raquel, disculpado quedo  
de adorarte.

RAQUEL:

No lo admito;  
que si es falso el presupuesto,  
te acusará la razón  
en el engaño el remedio.

REY:

¿No eres hermosa?

RAQUEL:

No sé;  
que tan dichosa me ha hecho  
en tu favor la Fortuna,  
que, aunque del vulgo lo necio  
en mi abono se apasione

me ha de quitar, por lo menos,  
o lo hermoso en lo feliz,  
o lo dichoso en lo bello.  
(Vanidad, no te atropelles    Aparte  
cuando peligran a un tiempo  
en el gusto la lisonja  
y en el pundonor el riesgo).

REY:  
Confianzas de entendida,  
disculpadas en lo atento,  
son crédito del aplauso  
con que se publica cierto.  
Yo te adoro, esto es verdad.  
Si es peligro, no le niego;  
si en ti es excusa, no vale,  
pues cuando yo estoy resuelto,  
por no morir de callado,  
quiero vivir de grosero.

RAQUEL:  
¿Y quieres que yo profane,  
por un fácil devaneo  
de tu imaginación, todo  
el pundonor que mantengo?

REY:  
¿Y quieres que yo atropelle,  
por un loco, por un necio  
escrúpulo del reparo,  
todo el ardor que padezco?

RAQUEL:  
¿No fui yo la que a tus plantas  
rendida me vi al pretexto  
de la justicia? Pues, ¿cómo  
la triaca haces veneno?

REY:  
¿No he sido yo el liberal  
y obligándote resuelto,  
toda una ley quebranté  
pues quebrantas todo un pecho?

RAQUEL:  
No es paga de un beneficio

lo que ocasiona un despeño.

REY:

No es feria una piedad  
bien a trueque de un desprecio.

RAQUEL:

No es desprecio el que es aviso.

REY:

Ni es aviso el que es sin tiempo.

RAQUEL:

Luego, ¿resuelto a quererme  
estás?

REY:

anto, que primero  
que deje de amarte yo,  
dejaré de ser yo mismo.

RAQUEL:

Mucho su afecto me obliga,   Aparte  
cuando está viendo mi afecto  
que para quererle había  
yo menester mucho menos.  
Rey es. Pues, ¿qué me acobarda?  
Venza su amor, y empecemos  
a enredar en el discurso  
la lisonja con el premio;  
pueda esta vez la ambición  
más que el decoro, y a trueco  
de un desdoro mentiroso,  
logre la ambición un reino).

REY:

¿Qué dices?

RAQUEL:

(No sé qué diga;   Aparte  
que cuando a atreverme llego,  
para conmigo lo allano  
y para con él lo temo).  
Pues, señor...

REY:

No te entorpezca  
la voluntad el respeto;  
háblame como a tu amante,  
no como a tu rey.

RAQUEL:  
No puedo;  
que ha poco que eres mi amante  
y ha mucho que eres mi dueño.

REY:  
¡Oh, pesia al poder, si estorbo  
a tus cariños ha hecho!  
¿Qué dices?

RAQUEL:  
Que te reportes;  
no solicites tan presto  
que te dé la confianza  
lo que te ha de dar el tiempo.

REY:  
Luego, ¿ya vencí?

RAQUEL:  
No sé.

REY:  
¿Aún dudas?

RAQUEL:  
Aún dudo y temo;  
y no te espante el cuidado,  
pues más peligros advierto  
que hay desde el pecho a los labios  
que de los labios al pecho.  
Ama tú como pudieres,  
pues cuando tu amor definiendo,  
siento que es fuerza estorbarle  
y lo que le estorbo siento.

REY:  
Pues con eso a mi esperanza  
nuevos laureles ofrezco.  
¡Fernando!

Sale FERNANDO y hablan aparte

FERNANDO:

¿Señor?

RAQUEL:

(¿Qué dudo? Aparte  
Amor, todo eres extremo;  
antes de amar me temía  
que no me amase, y resuelto,  
cuando que me ama publica  
liberal, que me ame temo.,.  
Mas, ¿qué importa, si a la vista  
de mi altivo pensamiento  
del poder está triunfando  
la vanidad y el despecho?  
¿No he sido yo la elegida  
por más hermosa? Pues, cielos,  
¿qué venzo en mi libertad,  
si su libertad no venzo?  
¿Qué consiguió mi hermosura  
en una merced que a precio  
suele darse de un discurso?  
¡Ea, cobarde atrevimiento!  
Siga su gusto el dictamen  
de mi natural soberbio.  
Un rey rendido es despojo  
de soberano ardimiento;  
si yo mando en su albedrío,  
¿quién duda que de su imperio  
el mando también le usurpe?  
Esto busco, aquesto quiero.  
Pues, venza la razón  
y eternícese el respeto).

FERNANDO:

Ya, una vez determinado,  
sólo servirte deseo.

REY:

Raquel, de Fernando Illán  
acompañada pretendo  
que vuelvas, mientras que yo  
a ser más dichoso vuelvo;  
que continuadas verdades  
harán tus temores menos.

RAQUEL:

Acción piadosa es honrar  
humildades, y mi afecto  
siempre estimará el halago;  
mas siempre temerá el riesgo.

REY:

Fernando, no te descuides.

FERNANDO:

tus órdenes sujeto,  
no excederé lo que mandas.

RAQUEL:

(Alguna desdicha temo).      Aparte

FERNANDO:

(¡Tirana acción le aconseja      Aparte  
su amor!)

REY:

(Seguro con esto      Aparte  
queda mi pecho).

RAQUEL:

Señor,  
guarden tu vida los cielos.  
(Mal de verte me despido).      Aparte

REY:

(¡Qué dolor tan lisonjero!)      Aparte

RAQUEL:

(Más disimule el semblante).      Aparte

Vanse RAQUEL y FERNANDO

REY:

Más espere el sufrimiento.  
Sus temores a mis penas  
amante lisonja han hecho,  
pues en ellos se acredita  
amar y no amar a un tiempo.  
Aquél que duda no niega

aunque no concede, y vemos  
que es forzada la razón  
con la que vence su miedo.  
Que a su quinta la llevase  
es lo que a Fernando ordeno;  
que ya, una vez arriesgado,  
lo más vencerá lo menos;  
ponga la industria mi amor  
podrá el arrojo su afecto.  
Mas, gente viene a la audiencia  
loco amor, disimulemos.

Sale CALVO con un memorial

CALVO:

Señores, el pretender  
bien puede ser que sea honrado  
oficio; mas descansado,  
eso no lo puede ser.  
De hacer reverencias tengo  
torcido un pie y un zapato,  
y a la audiencia, sin recato,  
de pie quebrado me vengo.  
Mi sombrero no se allana  
a andar siempre por el suelo,  
y de no cubrirme el pelo  
tengo la mollera vana.  
(Mas el rey es, pesia a tal.   Aparte  
¡Qué brava ocasión que tengo!  
Pues tomo, y ¿qué hago? Vengo  
y doyle mi memorial).

REY:

¿Qué pretendéis?

CALVO:

¡Santo Dios!  
No sé por dónde empezar.

REY:

¿Qué queréis?

CALVO:

Vengo a buscar  
a su majestad. ¿Sois vos?

REY:  
¿No me conocéis?

CALVO:  
Señor,  
son unos desconocidos  
todos los entremetidos,  
y en el palacio mejor.

REY:  
Yo soy el rey. Declarar  
podéis, vuestra voz dudosa.

CALVO:  
Pues no se me ofrece cosa  
en que poderos mandar.

REY:  
¡Qué acciones tan desiguales!  
¿No es memorial ése?

CALVO:  
Fue;  
pero después que os vi, he  
perdido los memoriales.

REY:  
¿No sois de Fernando Illán  
criado?

CALVO:  
Y tan buen criado,  
que era flaco y he engordado  
después que como su pan.

REY:  
Yo estimo mucho a Fernando  
Illán; y así, no os turbéis,  
decid lo que pretendéis.

CALVO:  
Eso es lo que voy buscando.  
(Agora mi dicha entabla    Aparte  
su fortuna, por mi fe.  
Bien dice el adagio que  
no oye Dios a quien no habla.

El memorial que a su vista  
prevengo me le escribió  
el estudiante, y sé yo  
que es un profundo alquimista;  
dirále cosas famosas  
si Dios le alumbró con bien,  
y mi pretensión también  
le escribirá, entre otras cosas.  
Yo no sé leer, pero igual  
confío de su buen celo  
que lo notaría el cielo).

REY:

¿No me dais el memorial?

CALVO:

Sí, señor. (De verle trata. Aparte  
No quepo en mí de contento;  
hoy me llevo el regimiento  
sin pagar la media annata).

Dale el memorial al REY. Léele y se ríe

REY:

¿Quién tal locura previno?

CALVO:

(¡Qué alegre muestra el semblante! Aparte  
Demonio era el estudiante).

REY:

No he visto igual desatino;  
¿Escribisteis vos aquesto?

CALVO

(Así pretendo engañarle). Aparte  
Sí, gran señor, y en notarle  
mi discurso ha echado el resto.

REY:

Pues, leedlo.

CALVO:

(Hame cogido). Aparte  
Advertid, en casos tales,  
que sé escribir memoriales,

pero leerlos no he sabido.

REY:

(Él es simple de buen gusto). Aparte  
Pues si eso es así, escuchad,  
y lo que pedís notad;  
que yo a dároslo me ajusto.

Lee

"Este hombre, en quien están  
los sentidos al revés,  
es tan animal, que es  
lástima que coma pan;  
y así, pues el nombre os dan  
de justiciero, dad traza,  
si acaso no os embaraza,  
cuando así su gusto atiza,  
que en vuestra caballeriza  
le den, señor, una plaza."

CALVO:

¿Hay más extraño suceso?

REY:

Premiaros quiero mejor.

CALVO:

Volved a leerlo, señor,  
que no puede decir eso.

REY:

Pues, ¿Téngoos yo de engañar?

CALVO:

Sí, señor,...

REY:

¡Qué sencillez!

CALVO:

...porque los reyes tal vez  
tienen gana de jugar.

REY:

De que la tuvo mejor

el que escribió, no hay dudallo.

CALVO:

Bueno es hacerme caballo,  
queriendo ser regidor.

REY:

Con otra merced os salvo  
la cólera que os atiza.

CALVO:

¿Calvo en la caballeriza  
que desciende de Laín Calvo?

REY:

Escuchad...

CALVO:

Yo he de perderme.

REY:

...un secreto.

CALVO:

¿Hay tan engaño?  
Yo castigaré al picaño.

REY:

(De aquí se pienso valerme).    Aparte

Hablan aparte. Salen ÁLVAR  
Núñez y GARCI LÓPEZ

ÁLVAR:

En nombre del pueblo vengo  
a contradecir leal  
la ley derogada.

GARCI:

Igual  
celo a mi lealtad prevengo.  
A Fernando y Raquel bella,  
que juntos salieron, fue  
siguiendo mi duda, y sé  
que hasta su quinta con ella  
--¡Qué liviandad!-- se fue oculto.

De todo informarle intento.

ALVAR:

Yo del alboroto atento  
del pueblo, que en el insulto  
del hebreo libertado  
nuevamente se recela  
alguna infeliz cautela.

GARCI:

La orden, como mozo, ha errado.

REY:

Al punto le seguirás,  
como te digo, avisado.  
¡Mas, Álvar Núñez ha entrado.

CALVO:

Voyme, no me digáis más.

Vase CALVO. Llega ÁLVAR Núñez

ALVAR:

Vuestra majestad, señor,  
mire aqúeste memorial.

REY:

(¡Oh, cómo se llevan mal    Aparte  
el gobierno y el amor!)

Léele

GARCI:

(Resolución mal mirada    Aparte  
fue, sin duda, la del rey).

ALVAR:

(Yo haré establecer la ley    Aparte  
de ciega mano borrada).

REY:

¡Qué necia bachillería!

Rómpele

ALVAR:

¿Esto es cumplir con las leyes?

REY:

Sobre el gusto de los reyes  
mejor no cumplir sería.  
Y advierta cualquier atento  
que enmendar quiere mi gusto,  
en que no hay delito injusto  
si es con mi consentimiento.  
Y, pues pretendo estorbarlos,  
no hagan discursos prolijos;  
que los consejos más fijos  
son traición en los vasallos.

ALVAR:

Cuando el intento es tan justo,  
no se ha de menospreciar.

REY:

Ni ninguno me ha de dar  
consejos contra mi gusto.

ALVAR:

Bien sabéis, cuánto primero  
este destierro temía.

REY:

Por contradecir sería  
sólo mi gusto severo.

ALVAR:

No fue, señor, sino ver  
en el pueblo la disculpa.

REY:

Y agora en lo que culpa,  
¿qué razón puede tener?

ALVAR:

La misma, pues de ese modo  
se inquieta.

REY:

Que no se inquiete;  
que lo que Alfonso promete  
ha de ser antes que todo.

GARCI:

Mirad, señor, que hay quien diga  
que a Fernando Illán ha visto...

REY:

(Mal mi cólera resisto;   Aparte  
amor a callar me obliga).

GARCI:

...que con Raquel...

REY:

(¡Qué villana   Aparte  
malicia!   ¡Qué torpe engaño!)

GARCI:

Porque enmendéis vos el daño  
os aviso, o pues se allana  
aquesta duda, advertid  
que a su quinta la ha llevado.

REY:

Todo está ya declarado).   Aparte  
Vuestro engaño desmentid,  
y no os atrevéis a hacer  
discurso tan mal mirado,  
porque Fernando mandado  
sólo sabe obedecer.

ALVAR:

¿Luego...?

REY:

(Cegóme el arrojó;   Aparte  
mucho declararé mi intento).  
Acortad el argumento  
para no aumentar mi enojo.

ALVAR:

Es la mocedad lucida  
un caballo desbocado.

REY:

Y la vejez un cansado  
embarazo de la vida.

ALVAR:  
Ella os supo establecer.

REY:  
Eso le he debido a Dios;  
que para ser rey, a vos  
no os he habido menester.  
Y enmendad porfía tan vana,  
pues tiempo para ello os doy  
que lo que reprehendo hoy  
sabré castigar mañana.

Vase al REY

GARCI:  
Apenas a hablar me atrevo.

ALVAR:  
Dudando estoy lo que miro.

GARCI:  
Su resolución admiro,.

ALVAR:  
Yo cumplí con lo que debo.

GARCI:  
¡Qué así ultraje, desatento,  
por su gusto su opinión!

ALVAR:  
Aquestos yerros no son  
yerros del entendimiento,  
y algún consejero infiel  
su recto juicio ha movido.

GARCI:  
El consejero habrá sido  
la hermosura de Raquel.

ALVAR:  
¿Trocarse de Alfonso el Justo,  
tan presto, discurso y ley?  
No procede como rey  
y procede como injusto.

GARCI:

¡Dar tal rienda al judaísmo,  
llevar Fernando a Raquel,  
volver Alfonso por él,  
y no volver por sí mismo!

ALVAR:

¡Haber sido prevención  
de este pueblo misteriosa  
que ella hablase como hermosa!

GARCI:

Ciertos silogismos son.

ALVAR:

A la mira pienso estar  
y de la reina valerme;  
que, o yo tengo de perderme,  
o el rey se ha de restaurar.

GARCI:

Pues, Alvar Núñez, a ser  
vigilante centinela.

ALVAR:

Garci López, la cautela  
es la que me ha de valer.

Vanse. Sale ZARA, huyendo de CALVO

ZARA:

¿Hay tal porfía de hablar,  
no queriendo escuchar yo?

CALVO:

Consuélate con que no  
te puedo desbautizar.

ZARA:

Si me escondo y si le dejo,  
no hay miedo que me vea.

CALVO:

Yo te buscaré aunque sea  
en el Testamento Viejo;

mas; espera...

ZARA:

No hay que hablar.

CALVO:

Aquesa es muy buena excusa,  
cuando en tu ley se usa  
otra cosa que esperar.

ZARA:

¿Cómo se entra en esta casa  
a hablar tan mal?

CALVO:

Aun no escampo;  
porque ésta es casa de campo,  
y en el campo todo pasa.  
Y con estribillo igual  
quiero, porque no te asombre,  
que huela la casa a hombre.

ZARA:

Sí, pero huele muy mal.

CALVO:

Contigo sí; que de un terco  
judío tu casta vino;  
que aunque no huela a tocino,  
siempre suele oler a puerco.

ZARA:

¡Qué despegado! Y de sola  
su malicia fue a notarle.

CALVO:

Aun bien que para pegarle  
no puede faltarte cola.

ZARA:

Ponga ese concepto en salvo,  
pues a pelo no ha venido.

CALVO:

Fuerza es que así haya salido.

ZARA:  
¿Por qué?

CALVO:  
Porque yo soy Calvo.

ZARA:  
¿Calvo? ¿Quién tal le consiente?  
Que parece su mollera,  
por cerrada, faltriguera  
de tesorero reciente.

CALVO:  
Soylo en el nombre, aunque bueno  
de la cabeza me hallo.

ZARA:  
Pues para aqueso, llamallo  
fuera mejor calvatrueno.

CALVO:  
Sí, pues sin juicio por ti  
de amor me siento abrasar.

ZARA:  
Pues no me llegue a quemar,  
que no es favor para mí,.

CALVO:  
No hay que temer la pasión  
del fuego que el pecho envía;  
porque, aunque tú eres judía,  
amor no es inquisición.  
Mas dime, ¿con qué artificio  
me callas, siendo criada,  
lo que sabes?

ZARA:  
Soy callada.

CALVO:  
Perderáste en el oficio.

ZARA:  
Y él, ¿cómo, siendo bufón,  
no es alcahuete menguado?

CALVO:  
Preguntas bien. Me ha quitado  
mi amo la comisión.

ZARA:  
¿Es de Fernando criado?

CALVO:  
Miren si lo ha conocido;  
el hombre se ha introducido,  
y se ha de hacer muy nombrado;  
el sabe vivir que es vicio,  
y con traza tan mañosa  
se hará estimar; que no hay cosa  
como tener buen oficio.

ZARA:  
Agora que a conocer  
se ha dado, sin avisarle,  
creo que viene a buscarle.

CALVO:  
Pues no haces poco en creer.

ZARA:  
Y así, enseñársele quiero.  
Vaya; que allí le hallará.

CALVO:  
¿Y cuándo te volverá  
a ver mi amor?

ZARA:  
¡Majadero!  
Con tan profana inquietud,  
¿cómo me piensa obligar?

CALVO:  
Haciéndote renegar  
y haré del vicio virtud.

Vase CALVO. Sale RAQUEL

RAQUEL:  
¡Zara!

ZARA:  
¿Señora?

RAQUEL:  
¿Qué hacías?

ZARA:  
¿Qué he de hacer? De tu penosa  
tristeza estaba conmigo  
máquinas formando agora  
de consuelo.

RAQUEL:  
¿Qué consuelo  
pueden hallar mis congojas?

ZARA:  
El mayor. ¿Aqueso dices,  
cuando un rey a ti se postra?  
¿No sabes aquel adagio  
que dice, cuando así exhorta,  
que duelos con pan son menos?  
Pues su sentido equivoca  
mi atención, y agora dice,  
con razón más misteriosa,  
que duelos con rey son menos,  
porque es el pan de las honras;  
fuera de que es muy galán.

RAQUEL:  
Alábale a menos costa,  
Zara; que llevas el alma  
por prenda de la lisonja.

ZARA:  
Hoy tu nación ennobleces.

RAQUEL:  
En aquesa razón sola  
disculpó su atrevimiento  
la violencia.

ZARA:  
No te encojas;  
que todas somos mujeres,

aunque no felices todas.  
Mas, si no me engaño, él  
es el que viene, señora.  
Cuidado con el cuidado,  
y mira que no seas boba.

RAQUEL:  
¿Por qué te vas?

ZARA:  
¿Por qué tú  
no te quedas? Que esas cosas,  
como enferman si se encienden,  
si se enfrían empeoran.  
Quiero ver si encuentro aquel  
Calvo; que en esta penosa  
soledad, a quien no tiene  
un pelo, un Calvo enamora.

Vase ZARA. Sale el REY don Alfonso

REY:  
(Casi, cobarde, las plantas      Aparte  
mover no acierto; que estorba  
el crédito amante una  
demostración engañosa.  
Allí está; su justo enojo  
con el silencio pregona.  
¡Qué triste está aunque está bella!  
Y aunque enojada, ¡qué hermosa!  
Yo me llego cuidadoso.  
Raquel a mis voces sorda  
se ha hecho; mas no me espanto,  
si atrevido la ocasiona  
mi arrojado osado y atento,  
me castigue muda y sorda).  
¡Raquel! A cariños mueve  
mi bien.

RAQUEL:  
¿Señor?

REY:  
¡Oh, qué airosa  
has andado en responder  
tan a tiempo a mis congojas!

Pues, aunque quejosa sientes,  
haces, atenta y piadosa,  
que lo que al miedo se niega  
el agrado corresponda.

RAQUEL:

Pues, señor, ¿de aquesta suerte  
se solicitan las glorias  
de amor? ¿Así se consiguen  
por engaño las victorias?  
Estrategemas del alma  
son cariño, son lisonjas,  
no burlas, no desazones,  
que, mas que obligan, enojan.  
Mirad que desacredita  
vuestros méritos medrosa  
la prevención; no fiéis  
al engaño, que os adora,  
mas que al valor que os ilustra.  
¿Tan cortas fueron, tan cortas  
las esperanzas que os dieron,  
que os obliguen a que rompan  
el estilo cortesano  
de su conquista la forma?  
¿Qué queréis de mí encerrada?  
Porque, si amor no me arroja,  
ni el poder ni la violencia  
podrán triunfar de mi honra.  
No os digo que os aborrezco  
yo; pero decidme agora,  
¿no es fuerza que lo padezca  
cuando el susto me ocasiona  
que desazone el semblante  
lo que pronuncia la boca?  
Y cuando astuta consiga  
que disimula mañosa  
el sentimiento y publique  
el cariño, ¿no zozobra  
vuestro crédito en su abono?  
Decidme, ¿no es cierta cosa  
que diréis que ha sido miedo  
lo que ser amor pregona?  
Y aunque nada de esto sea  
para contigo traidora  
la voluntad, ¿cómo puede  
asegurarse celosa

de que en una llama presta  
no hay una ceniza pronta?  
Muestras da lo apresurado  
de que, si el triunfo se logra,  
durará el cariño tanto  
cuanto durare la gloria.  
Quien por querer sólo quiere,  
sólo ser querido escoja,  
y esto el agrado lo diga,  
no la usada ceremonia.  
¡Ea, señor! Que me habéis  
malogrado afectuosa  
en toda una confianza  
de amor la fineza toda.  
¿Para qué es bien...?

REY:

No prosigas;  
que es lástima que enojosa  
la voz dé a entender la queja  
cuando la intención la borra.  
No ha sido el robo violencia,  
ni es prisión la que ocasiona  
este retiro; es decoro  
con que el pundonor se emboza.  
A tus cortas esperanzas  
dar alas quiso animosa  
mi resolución, no ajarte  
el despego con que adorna  
su recato la prudencia;  
porque estimé afectuosa  
tu atención, quise excusarla  
con violencia tan costosa.  
Ésta es mi culpa, Raquel,  
no llamarada fogosa  
de humano incentivo, donde  
más se abraza que acrisola.  
No espero de ti más premio  
de que voluntaria escojas  
la prisión que, a mi dictamen,  
violenta te desazona.  
Tuya eres, como primero;  
y como yo en tu memoria  
viva amante, nada quiero,  
sino, adorando tu sombra,  
dar luz al entendimiento,

que en tu aprehensión se mejora.  
¿Qué dices?

RAQUEL:  
Digo que ya,  
puesta en el riesgo, no importa  
menos tu amor que mi honor;  
sólo siento...

REY:  
¿Qué te enoja?

RAQUEL:  
Temer tu fineza.

REY:  
Eterna  
será, si no me la estorba  
quererla tú malograr.

RAQUEL:  
No, ese remedio lo abona.  
Si tus afectos no mienten,  
murieron mis vanaglorias.

REY:  
No dudes de mis finezas.

RAQUEL:  
Es la experiencia muy corta.

REY:  
El tiempo hará que las creas.

RAQUEL:  
El tiempo gastar te importa  
en diferentes cuidados.

REY:  
No reina en mí otra memoria.

RAQUEL:  
¿No eres rey?

REY:  
Tú reinas sólo.

RAQUEL:

(Agora, ambición, agora,   Aparte  
importa que ciega arrojas  
a su oído tu ponzoña).  
Tus vasallos necesitan  
de tu asistencia.

REY:

¿Qué importa,  
si yo en la tuya granjeo  
mejor aplauso?

RAQUEL:

¿Y tu esposa?

REY:

¿Mi esposa? Más no la nombres.

RAQUEL:

(Engaños son de mi loca   Aparte  
imaginación). ¡Ay, cielos!

REY:

¿Suspiras?

RAQUEL:

¡Qué poco importa  
que el fuego de amor levante  
esa llama adúladora,  
si es el humo que la sigue  
de sus mismas luces sombra!  
Agora que tú, encendido  
en el deseo, convocas  
todo el poder para el triunfo,  
de todo tu honor baldonas,  
pero después que apagado,  
cual racional mariposa,  
las alas de tu poder  
vieres torpemente rotas,  
huirás de la hoguera en donde  
el precipicio te arroja,  
si hermosa a la vista siempre,  
a la experiencia costosa.  
¿Qué haré sin tu vista, Alfonso,  
después? ¿Qué haré sin la gloria

de ver que todo eres mío?  
¿Qué seguridad forzosa  
me dará la confianza?  
De nuevo mis ansias lloran.

REY:

¿Qué así tu crédito afrente  
mi firmeza! ¿Qué así enojas  
la fiel verdad con que amante  
mi fe a tu rigor se postra!  
Dime, ¿qué quieres? ¿Qué dudas,  
cuando mi afecto te adora?  
¿Oféndete mi gobierno?  
Yo dejaré la corona.  
¿Temes de Marte el impulso?  
Ya están mis armas ociosas;  
que donde amor se acredita,  
cualquier valor se desdora.  
¿Quieres mandar? Todo es tuyo.

RAQUEL:

No juzgues tan ambiciosa  
mi voluntad; que en tu pecho  
sólo quiere ser señora.

REY:

Pues tuya es mi voluntad;  
y si mi presencia sola  
es la que te causa gusto,  
desde luego la penosa  
carga del gobierno dejo,  
y en tu posesión absorta  
la imaginación, eterno  
sacrificio te disponga.

RAQUEL:

Menos es lo que te pido.

REY:

Pues, dilo. ¿Qué te reportas?

RAQUEL:

(Aquí dame industria, Amor.    Aparte  
Préstame tu venda agora  
para que ciegue la vista  
del poder con la engañosa

máscara de la fineza,  
y a un tiempo triunfe de todas).  
Pues, señor, sólo te pido,  
si tanto tu amor me abona,  
que como has de gobernar  
en tu corte, que dispongas  
que vengan a consultarte,  
y de tus leyes la docta  
academia en esta quinta  
reparta majestüosa,  
sin el riesgo de mi amor,  
tributos a tu corona.

REY:

Eso es lo menos que haré.

RAQUEL:

(Así mi intento se logra).    Aparte  
¿Te apartarás de mí?

REY:

¡Nunca!

RAQUEL:

¡Oh, quiera Amor que te oiga!

REY:

Desde luego haré que vengan  
aquí las consultas todas  
a que las resuelvas tú;  
los gobiernos y las honras  
disponte tú a repartirlos;  
manda, ninguno se oponga  
a tu gusto, y el que, loco,  
contradijere tus obras,  
pena eterna le condene,  
y ésta es sentencia piadosa;  
que si has de darle la pena  
tú, Raquel. ¿qué mayor gloria?

RAQUEL:

¿Harás cierto lo que dices?

REY:

Más tus dudas me provocan.  
Haré que el sol te obedezca,

y de esa lucida antorcha  
del día haré que se pare  
la carrera, si te enoja.  
Haré que la luna cese  
en su curso, que las sombras  
retroceden a su caos  
primero; si te apasionan  
los vientos, haré que calmen  
y al impulso de tu boca  
tengan vida solamente  
aves, brutos, hombres y olas.

RAQUEL:

No merezco esos extremos.

REY:

Mal conoces mi amorosa  
pasión.

Dentro

DAVID:

Ninguno me estorbe.  
..... [--o-a].

RAQUEL:

Cielos, ¿qué voces son éstas?

DAVID:

Yo he de entrar.

REY:

¿Quién alborota  
así mi quietud?

RAQUEL:

¿Quién es  
quien despierta mis congojas?

Salen FERNANDO y ZARA

REY:

Fernando, ¿qué rumor...

RAQUEL:

Zara, ¿qué ruido...?

REY:  
...es el que escucho atento?

RAQUEL:  
...es el que he oído?

FERNANDO:  
David, señor...

ZARA:                    T  
u padre, que animoso...

FERNANDO:  
...a Raquel busca.

ZARA:  
...a ti te busca ansioso.

REY:  
Pues, ¿de dónde ha podido  
saber que estaba aquí?

RAQUEL:  
¿De qué ha sabido  
tan presto que aquí estoy?

FERNANDO:  
Eso no entiendo.

ZARA:  
Yo no sé más sino que vengo huyendo;  
que, como está contigo apasionado,  
en sayón le he temido transformado.

FERNANDO:  
Y como me encargaste  
que nadie entrase cuando te apartaste,  
afuera se ha quedado,  
aunque más por entrar ha porfiado.

RAQUEL:  
¿Has, señor, entendido  
mi nueva pena?

REY:

Ya tu pena he oído.

RAQUEL:

Pues, ¿no vamos iguales  
los unos males con los otros males?  
Permite que me vea  
mi padre, a quien estimo; y si desea  
tu amor algún alivio al alma mía,  
no perdamos a todos en un día.

REY:

Recelo algún agravio.

RAQUEL:

No hay que temer; que al fin es padre y sabio.

REY:

Yo me aparto, porque no te embarace  
el bien o el mal que de su vista nace;  
mas, por si desatento  
al mal inclina su infeliz tormento,  
aquí me encubro; que si amante puedo  
para el bien apartarme, al mal me quedo.

RAQUEL:

Dejadle entrar.

ZARA:

El alma se me apoca.  
¿Qué es que le deje entrar? Ella está loca.

Vase ZARA. Escóndese el REY y sale DAVID

RAQUEL:

¡Padre y señor!

DAVID:

¡Ah, enemiga!  
No pronuncie la voz nombre que diga  
tan del todo mi mengua;  
pues lo niega la acción, calle la lengua,  
y no pronuncie el labio  
con nombre de piedad nombre de agravio.  
Espía has parecido  
que con el nombre hurtado te has venido,  
burlando tu piedad, fiel centinela,

que de tu honor estaba siempre en vela;  
mas no te ha de valer, porque yo atento,  
conociendo el intento,  
y armado el pecho de rigor que asombre  
no he de moverme aunque me des el nombre.

RAQUEL:

Primero que me culpes...

DAVID:

Tu liviandad, ingrata, no disculpes,  
cuando torpe has dejado  
tu ley, tu padre, tu quietud y estado;  
y en miserable ruina,  
que a perdición tan bárbara te inclina,  
mofa siendo del pueblo desbocado,  
por darnos libertad te has cautivado.  
Bien sé que me dirás que yo he tenido  
la culpa y que yo he sido  
quien, por dejar a mi nación segura,  
a tanto riesgo expuse tu hermosura;  
mas animóme al infeliz intento  
tu desvanecimiento,  
tu vana presunción, que pretendía  
correr parejas con la luz del día,  
y aun más cuando del sol los rayos bellos  
blasonaste vencellos,  
pareciéndote todo el mundo poco  
para rendir tu pensamiento loco.  
¿Es Alfonso el Octavo en su porfía  
mejor que el sol y que la luz del día?  
¿Eran ésas las quejas  
con que se querellaron tus orejas  
de mi desconfianza?  
¿De esta suerte alentaste mi venganza?  
¿Qué confianza necia  
así tu honor desprecia?  
Señor de tu cuidado,  
¿de ti se burla el hado?  
Mira con cuánta pena  
Tamar se queja, de su honor ajena,  
de un vano amor burlada,  
aborrecida aun antes que gozada.  
Es la hermosura breve,  
efímera, de nieve,  
que apenas toca su belleza el tacto,

cuando hiela la sangre su contacto.  
El gran Dios de Israel está ofendido,  
el pueblo clama contra mí atrevido,  
ni cristiano ni hebreo favorece  
tu engaño. El odio crece,  
y vengo yo a pagar de sus enojos  
la pena, tributándola mis ojos.  
Ya de Jepté contemplo  
en mi crueldad más bárbaro el ejemplo,  
pues él a Dios sacrificó la vida  
de su hija querida,  
y yo el honor le he dado,  
no a Dios, sino al pecado,  
crüel, ciego, homicida,  
que quita el alma sin quitar la vida.  
Lloraré por los montes desiguales  
los tuyos y mis males;  
lloraré noche y día  
tu desdicha y la mía;  
con las vírgenes todas  
saldré a llorar tus malogradas bodas,  
estéril a la planta  
que en nuestra ley espera Jesé santa;  
las coronas perdidas,  
que a tu virginidad fueron tejidas;  
el aceite vertido, que ha juzgado  
virgen ungirte al tálamo esperado;  
el alba, que vestilla  
pensaste, comerá blanca polilla;  
tu juventud lozana  
de sombras cubrirá noche temprana,  
y gozará el infierno  
por un breve placer, un logro eterno.  
¿Lloras? Enternecido  
me has con tu llanto; porque al fin ha sido  
testigo que me dice tu decoro  
que tú lloras lo mismo que yo lloro.  
¿Estás arrepentida?

RAQUEL:

¡Ay, padre de mi vida!

DAVID:

Con suspiros me dices lo que ignoro.

RAQUEL:

Llora conmigo, pues contigo lloro.

DAVID:

Bien conozco mi mal, que es infalible.  
¿Puedes dejar a Alfonso?

RAQUEL:

No es posible.

DAVID:

¿Qué ceguedad tan fiera  
así tu juicio con amor altera?  
¿No es tu padre primero?

RAQUEL:

No lo ignoro;  
mas por aqueso lloro lo que lloro.

DAVID:

Mira estas canas tristes  
que por espejo un tiempo las tuvistes  
humedecidas con el llanto amargo,  
que las injuria el alma por tu cargo.  
Mira como, corrido,  
huyo de ser de nadie conocido,  
temiendo que me afrente  
si siente de mi mal lo que no siente;  
y pues nada merezco,  
mira tu ley, y no lo que padezco;  
deja tan vil estado.

RAQUEL:

Imposible ha de ser.

DAVID:

¡Ay, desdichado!  
Pues yo me vuelvo, hija inobediente,  
y plegue al cielo, pues que tal consiente,  
que tu obstinada vida,  
de sus yerros asida,  
pierda de aquesta suerte  
el fruto que te ha dado con la muerte;  
revolcada en tu sangre vil te vea  
quien más bien te desea,  
y sus mismos vasallos por trofeo  
sean ministros crueles...

Sale el REY

REY:

¡Calla, hebreo!

No pronuncie tu labio  
tan infame crueldad, tan vil agravio;  
que aunque oído, parece  
que el eco toda el alma me estremece.

DAVID:

Si tu deidad venero,  
rey Alfonso el Crüel, no el Justiciero,  
callaré; mas callando,  
mi maldición al cielo irá clamando.

Vase DAVID

RAQUEL:

¡Padre, señor....!

REY:

Espera.

Donde yo estoy cualquiera  
es menos.

RAQUEL:

¡Ay, dolor!

REY:

¿De qué te afliges?

Mi reino tienes y mi imperio riges;  
en él asegurada  
puedes estar, Raquel, no temas nada;  
que la cólera ha sido  
lo que tu padre a aquesto le ha movido,  
y después olvidado,  
de tu gusto hará logros el cuidado;  
pues, porque no lo ignoren,  
haré que todos tu hermosura adoren,  
rindiendo a tu beldad ritos profanos  
en templos nuevos, cultos soberanos.

RAQUEL:

Ya una vez me he rendido;  
tuya he de ser, pues para ti he nacido.

REY:

Y mientan testimonios agoreros  
en cantos tristes y rigores fieros,  
publicando la fama, siempre tuya,  
que Alfonso es de Raquel.

RAQUEL:

¡Y Raquel suya!

Vanse

### ACTO TERCERO

Salen el REY don Alfonso, CALVO, RAQUEL, ZARA, y  
damas de acompañamiento. Cantan

MÚSICA:

"La hermosura de Raquel  
eterna a los siglos viva,  
para ser feliz amante  
de Alfonso, rey en Castilla."

RAQUEL:

(¡Qué bien suenan estas voces    Aparte  
a mi ambición!)

REY:

(¡Qué bien pintan    Aparte  
estos ecos mi fortuna!)

RAQUEL:

Repita la voz.

REY:

Repita.

Cantan

REY:

"La hermosura de Raquel  
eterna a los siglos viva..."

RAQUEL:  
...para ser feliz amante  
de Alfonso, rey en Castilla."

REY:  
Días ha, Raquel hermosa,  
que en tus brazos divertida  
toda mi grandeza enciende,  
con la posesión, la envidia.

RAQUEL:  
Poco mi amor te ha debido;  
que quien repara en los días  
o lo que pasa no goza,  
o lo que goza no estima.

REY:  
El contentaros es dudar  
que dure tanto una dicha.

RAQUEL:  
Y el olvidarlos hacer  
dichoso lo que se olvida.

CALVO:  
Tú no lo entiendes, señor,  
--perdona que te lo diga--  
que no hay mujer que no sienta  
que se le cuente la vida.

REY:  
Mientras más vive Raquel,  
es su hermosura más viva.

CALVO:  
Días tienen las hermosas  
con que enamoran y hechizan;  
mas no hay quien pueda mirarlas  
en llegando a tener días.

REY:  
¿No es hermosa?

CALVO:  
Eso parece  
que adrede la hicieron linda;

no la falta sino el ser  
una Santa Catalina.

ZARA:

¿En efecto, el hablador  
por bufón con el rey priva?

CALVO:

Y tú con tu ama, ¿por qué?

ZARA:

Por criada más que amiga.

REY:

Parece que triste estás.

RAQUEL:

Yo te confieso que lidian  
conmigo imaginaciones  
de un sueño que me fatiga.

CALVO:

Yo apostaré que no es.  
Soñaba el ciego que veía.

REY:

Pues, ¿qué soñaste?

RAQUEL:

Soñaba  
que entre mis brazos nacía  
un rojo clavel, que hermoso,  
corona de carmín fina,  
aromatizando el aire,  
todo el pecho enriquecía,  
y que por gozarle, yo  
le ajaba, aunque le pulía;  
y apenas corté sus hojas  
las potencias divertía,  
cuando de violenta mano  
golpe fatal me le quita.  
Desanimado el aliento,  
con sus hojas me salpica,  
fáltame el logro que busco,  
y en vez de adorno, pinta  
en lo que fue rojo, sangre,

en lo que fue tronco, herida.  
El corazón en el pecho  
con este susto me avisa  
de algún peligro. Despierto,  
y mirándote, decía:  
"Éste es el clavel sin duda,  
flor que, en mis brazos rendida  
está cobrando en desdoras  
cuánto me paga en caricias.  
Éste es el rey de las flores;  
quien me le arranca es la altiva  
fuerza de su ingrato reino  
que no es posible resista."  
¡Ay, Alfonso! ¡Cuánto siento  
estas verdades fingidas  
en las sombras de la noche!  
¡Cuánto temo que me envía  
el alma aquestos avisos,  
anuncios de mi desdicha!  
Yo te adoro y no merezco  
de tus ojos ser querida;  
yo mando todo tu reino,  
y anda muy pronta la envidia;  
no temo ser despreciada,  
pero temo ser temida.  
Éstos son los sentimientos  
que disimulado había  
por no disgustarte; pero  
dígoles porque me obligas  
y porque de tus consuelos  
nuevos halagos consiga.

REY:

Fantásticas ilusiones  
del sueño, en vano podían  
vencer verdades del alma  
que aparentes se eternizan.

CALVO:

Ella con aquestas flores  
pasa, por Dios, brava vida;  
soñadas o no soñadas,  
siempre se las vende finas.

REY:

¿Qué temes, viviendo yo?

¿..... [--i-a]?

CALVO:

Tu amor es mi vida; no  
moriré si no me olvidas.

RAQUEL:

La fineza te agradezco.

ZARA:

Mucho vale una mentira.

REY:

¿No eres dueño del gobierno?

RAQUEL:

Sí.

REY:

Pues, ¿qué te atemoriza?

ZARA:

Esperando está la audiencia.

REY:

Pues de mí no necesita  
adonde queda Raquel,  
demás de que yo quería  
salir a caza; y así,  
mientras voy a prevenirla,  
pues que la has de despachar,  
quédate tú a recibirla.

RAQUEL:

Tu grandeza el cielo aumente.

REY:

Porque toda a ti la rinda.

CALVO:

De la plaza de portero  
te doy, Zara, las albricias.

ZARA:

Más vale ser mete-audiencias  
que mete-muertos, gallina.

REY:  
Calvo, ven.

CALVO:  
Ya voy tras ti.

REY:  
Y mientras me aparto, sigan  
alabanzas de Raquel  
los ecos de mis caricias.

Vanse el REY y CALVO. Cantan

MUSICA:  
"La hermosura de Raquel,  
eterna a los siglos viva,  
para ser feliz amante  
de Alfonso, rey en Castilla".

RAQUEL:  
Amor, si eternizar puedes  
los que tu bandera alista,  
en mí tendrás un valiente  
soldado contra la envidia;  
abogada de tus leyes  
defiendo dogmas prolijas,  
y de errados argumentos  
formo materias distintas.  
Rey eres, y de tu imperio  
el mejor blasón pelagra;  
yo estableceré tu trono  
si me fijas esta silla.

Siéntase

Aquí, donde la ambición  
reparte, mal entendida,  
premios al gusto, es forzoso  
que ensanche la tiranía.  
No hay insulto que no apoye  
quien las virtudes castiga;  
quien contra la razón obra  
la sinrazón acredita.  
Muera el bien obrar; no quede  
embarazo a la malicia,

y del vicio y liviandad  
se ensanche la tiranía.

ZARA:

(Si ella a gobernar el mundo   Aparte  
se sienta, ¿qué más desdicha?  
Muy presto le verán todos  
vuelto lo de abajo arriba).

Salen ÁLVAR Núñez y GARCI  
López

ALVAR:

(¡Que así infamemente venda   Aparte  
Alfonso la libertad!)

GARCI:

(¡Que así de nuestra lealtad   Aparte  
el piadoso celo ofenda!)

ALVAR:

Guárdete el cielo, Raquel.

RAQUEL:

El mismo tu vida aumente.

ALVAR:

(¡Quién tal vio!)   Aparte

GARCI:

(¡Quién tan consiente!)   Aparte

ALVAR:

¿Dónde el rey está?

RAQUEL:

Sin él  
podéis consultarme aquí  
los negocios que traéis,  
pues que no vota, sabéis,  
el rey ninguno sin mí.  
A caza salir desea  
hoy, y porque embarazado  
no le tengáis, me ha dejado  
que su sustituta sea.  
Sin él la audiencia no cese;

pues conmigo estáis, hablad;  
que aquésta es su voluntad.

ALVAR:  
(Y mi sentimiento ése). Aparte

Sale una MUJER

MUJER:  
Una mujer afligida  
de ti se viene a valer;  
ampárala, así el poder  
eternices con la vida.

RAQUEL:  
¿Qué pides?

MUJER:  
La libertad  
de un hijo, que por travieso  
tiene la justicia preso.  
Muévate mi soledad.

RAQUEL:  
¿Qué delito ha cometido  
más notable?

MUJER:  
Enamorado  
de una mujer, ha turbado  
el sosiego a su marido.

ZARA:  
Aquese delito ha sido  
mañoso, pues ha alcanzado  
de un marido sosegado  
hacer un bravo marido.

GARCI:  
A mí me toca, y en eso  
informarte lo que sé,  
pues de la justicia fue  
también el marido preso.

ZARA:  
Con eso se ha autorizado

la afrenta; no hay qué temer,  
aunque también vino a ser,  
tras aquello, apaleado.

GARCI:

Que por haberle estorbado,  
así el honor se atropella,  
una noche hablar con ella,  
contra su vida arrojado,  
le acuchilló, y mal herido,  
se teme que morirá.  
En aqueste estado está;  
mira si es bien parecido,  
fuera de ser hombre inquieto,  
que se perdone esta culpa.

RAQUEL:

Su voluntad se disculpa;  
que amor no guarda respeto.  
Si la dama no le diera  
entrada, no la tomara.

GARCI:

Ella bien se lo estorbara  
si por sí misma pudiera;  
de su arrojo despechada,  
su marido ocasionó.

RAQUEL

Pues si ella le provocó,  
ella será la culpada.  
Que le libréis determino.

MUJER:

Así tu nombre se aumenta.

ALVAR:

Míralo, primero, atenta.

RAQUEL:

No hay que mirar; que encamino  
así la razón, pues hallo  
entre los dos no sé qué  
culpa, que al castigo dé  
ocasión, y así le callo;  
que es de enmendarle costoso,

delito que ha ocasionado  
del hombre lo desgraciado  
y de la mujer lo hermoso.

ZARA:

Y el paciente que procure,  
si acaso estima su vida,  
el curarse de la herida,  
y de esotro no se cure.

GARCI:

Injusta razón parece.

RAQUEL:

Aunque injusta, se obedezca.

MUJER:

Ser yo tu esclava merezca.

Vase la MUJER

RAQUEL:

A mi ambición lo agradece.

Sale un VIEJO

VIEJO:

Justicia pedirte intento  
de un hombre que me ha robado  
el honor.

ZARA:

Mal alhajado  
debe de estar; pues atento  
el ladrón que fue a buscarle  
entre cosas de valor  
no le quitara el honor  
si tuviera qué quitarle.

VIEJO:

Un traidor, una hija bella  
que tenía me ha llevado.

ZARA:

Pues el otro es el cargado,  
si es que ha cargado con ella.

VIEJO:  
De su delito apetece  
mi queja el castigo usado.

RAQUEL:  
Si lo hizo de enamorado,  
ningún castigo merece.

VIEJO:  
Mal mi honor se satisface.

RAQUEL:  
Pues, ¿he de derogar yo  
lo que el cielo decretó?

ZARA:  
¿Y lo que ella misma hace?

VIEJO:  
Luego, ¿dejarme procuras  
sin honra?

RAQUEL:  
Paciencia ten.

VIEJO:  
El cielo castigue, amén,  
tu soberbia y tu locura.

RAQUEL:  
¡Matadle! ¿Qué atrevimiento  
es aquéste?

ALVAR:  
Justo ha sido.

RAQUEL:  
¿Tú también le has defendido?

ALVAR:  
Era piadoso su intento.

RAQUEL:  
¡Vive el cielo!...

GARCI:  
¿Qué te alteras?

RAQUEL:  
...que ha de probar mi rigor.

ALVAR:  
Que te reportes mejor  
será, si lo consideras.

GARCI:  
¡Qué así con término injusto  
nos quiera humillar el rey!

ZARA:  
Ella cumpla con la ley,  
puesto que sentencia al justo.

ALVAR:  
Este memorial acusa  
la libertad, a que exhorta  
tu pueblo.

RAQUEL:  
Pues, ¿qué le importa  
al vuestro, que lo rehúsa?

ALVAR:  
Lleva mal el igualarlos,  
siendo de la iglesia nervios.

RAQUEL:  
Son los cristianos soberbios,  
y es menester sujetarlos.

ALVAR:  
Mejor espero yo ver  
sus bríos avasallados.

ZARA:  
Son unos desesperados,  
y no tienen qué perder.

ALVAR:  
Otras mil cosas había  
que tratar, si Alfonso aquí

estuviera; pero a ti,  
¿cómo se ha de consultar?

RAQUEL:

Decidlas; que puede ser  
que en mi discurso veáis  
cuán engañados estáis  
si os acierto a responder.

GARCI:

No son negocios, Raquel,  
para ti.

RAQUEL:

¿Qué os embaraza?

ALVAR:

¿Sabrás sitiar una plaza?  
¿Sabrás plantar un cuartel?  
¿Sabrás dar para un socorro  
medios y trazas poner?

RAQUEL:

Pues, ¿por qué no he de saber?  
De que lo digáis me corro.  
Sabré a campaña salir,  
sabré un moro acometer,  
un ejército vencer  
y una ciudad combatir.

ZARA:

Y mas, que con buena estrella  
dice verdad, no hay dudarla;  
que ninguna, es cierto, amarla  
ha sabido mejor que ella.

ALVAR:

alsas presunciones ganas.

RAQUEL:

No son sino verdaderas.  
¿Seré yo de las primeras?

ZARA:

Ni de las segundas vanas.

ALVAR:  
¡Cómo tu soberbia entiende  
saber regir?

Levantándose RAQUEL

RAQUEL:  
Si no sé  
regir, al menor sabré  
castigar a quien me ofende.

Vase RAQUEL

ALVAR:  
(Eso dudo, porque antes    Aparte  
que tus impulsos soberbios  
se atrevan a levantar  
torreones en el viento,  
con la tempestad que cuaja  
el odio común del pueblo,  
lo que has labrado en oprobios  
espero en ruinas deshecho).  
Garcí López, si tus bríos  
guardan aquel ardimiento...

GARCI:  
¿Qué me dices?

ALVAR:  
Mas Fernando  
viene; con él lo tratemos.

Sale FERNANDO

Seas, Fernando, bien venido,  
y a ocasión...

FERNANDO:  
Guárdeos el cielo.

ALVAR:  
...que podrás, entre los dos,  
como noble y como atento,  
hacer caudal de una queja  
y dar a un daño remedio.

FERNANDO:

Decidle; que ya os escucho.

ALVAR:

Pues, has de advertir primero  
que en ti la nobleza atiende  
y en mí propone el buen celo.  
Nobles castellanos, cuyas  
cuchillas vieron sangriento  
todo el poder de los moros,  
esfaltando el noble pecho  
el rojo matiz que os cubre  
de victoriosos trofeos;  
ya, el Hércules que os regía,  
a nueva ley le sujeto;  
trueca el uso de la clava  
por el huso, en que torciendo  
va a sus victorias el hilo  
que hizo su renombre eterno.  
Ese sacrílego engaño,  
ese engañoso trofeo  
de la Fortuna, ese hechizo  
del alma, ese devaneo  
del discurso, ese milagro  
de la idea, ese portento  
del siglo, esa majestad  
de la hermosura, ese vello  
simulacro, ese pasmoso  
escándalo de los tiempos,  
a quien altares levanta  
el culto de sus deseos,  
le ha rendido, y en sus ojos  
los de ella sólo son dueños,  
pues mira lo que ellos miran,  
y no ve lo que no vieron.  
Con llanto notan los míos  
el penoso cautiverio  
y cuán licencioso el vicio  
se aumenta con el ejemplo  
porque los príncipes mandan  
cuando pecan, advirtiéndolo  
que la adulación permite,  
por hacer al rey obsequio,  
que se bauticen las culpas  
por leyes, que en el exceso  
de sus vicios, no son vicios

los vicios, sino preceptos.  
¿Qué es aquesto, nobles godos?  
¿Quién avasalla el esfuerzo  
que en vuestros pechos guardaba  
la lealtad de vuestros pechos?  
¿Cómo consentís que Alfonso  
por un vano, por un ciego  
gusto, la justicia tuerza  
manchando el decoro regio?  
Mirad que en los corazones  
que anima heroico ardimiento  
parece mal tanto olvido,  
y que al varonil es fuero  
el disímulo le hace  
cobarde más que no atento.  
¿Es bien que de una mujer  
se deje regir un reino  
que en pechos ilustres graba  
patrones de jaspe eterno?  
No permitáis que el laurel  
que corona sacro imperio  
planta lasciva le cerque  
con mentido culto, haciendo  
lo que es traición agasajo,  
favor lo que es cautiverio.  
Que hasta su virtud nos niega  
cuando por nudos estrechos  
pasa mentida lisonja  
en el verdor de su aseo.  
Respete el laurel el brazo,  
y abraza la hiedra el fuego;  
muera este encanto, este asombro  
que así nos tiene suspensos,  
y sacrifiquemos esta  
ofrenda impía al eterno  
simulacro de los reyes  
que en el siglo venidero  
con violenta tiranía  
fueren en sus lazos presos,  
dejando nuestra lealtad  
a su vicio por trofeo,  
con la ruina del cuchillo,  
esmaltado el escarmiento.

FERNANDO: Hablar te he dejado sólo,  
cansado y caduco viejo,

por ver que de la lealtad  
haciendo escudo tus ecos,  
el nombre de la traición  
cubriste con el de celo.  
Tú, que entre muertas cenizas,  
de la juventud al hielo,  
en la nieve de tus canas  
enfriás tus ardimientos,  
¿quieres juzgar incapaz  
la fuerza de los efectos  
en el más común contagio  
del impulso más perfecto,  
accidente que a la fuerza  
de la vida y de los tiempos  
mayores disculpas tiene,  
y consigue más ejemplos?  
Es deidad tan misteriosa  
el amor, que no podemos  
negarle en los corazones  
la fuerza de su veneno  
porque cuanto siente y vive  
tributa a su influjo feudo.  
Aman en igual balanza  
conformes los elementos;  
aman los astros, iguales  
corresponden los efectos  
a las causas; ama el mundo  
la forma del universo;  
ama el bruto, ama la fiera,  
ama la planta, el ligero  
pájaro que surca el aire  
ama tributando, atento  
a su semejante hermoso  
afectüosos anhelos.  
Ama también lo insensible  
la proporción de sujetos;  
y en fin el Autor de todo  
ama lo que juzga bueno.  
Pues, ¿por qué quieres culpar  
en el hombre más atento  
el amor, cuando en lo hermoso  
hace diferente aprecio  
lo racional del discurso  
que lo incapaz del afecto?  
¿Cuándo ajustada medida  
de ciencia infusa no ha hecho

en Alfonso que señale  
celestial llama su pecho?  
¿Qué culpas son las que impones  
a su pasión? ¿Hallas, ciego,  
que homicida, que ambicioso,  
haciéndose a un tiempo dueño  
de la hacienda, de las vidas,  
oprima al vasallo el cuello?  
Si religioso pretendes  
culpar sus atrevimientos,  
¿hallas que en su religión  
intentara ritos nuevos?  
¿Culpaba Jerusalén  
de Salomón el imperio  
porque erradas concubinas  
le hicieron levantar templos,  
donde en ciegos simulacros  
adorase dioses nuevos?  
¿Qué estatua ves colocada  
donde a Júpiter o Venus  
se le tributen aromas  
o se le quemem inciensos?  
Pues, ¿qué pretendes? ¿Qué intentas?  
¿Amar del Autor Supremo  
la imagen es el delito  
que reprehendes severo?  
Tu codicia sólo culpo,  
por ser timón del gobierno.  
¿No ves que la mocedad  
no ciñe el límite estrecho  
bastantemente la fuerza  
de su altivo pensamiento?  
No es letargo, es vanidad,  
hija de espíritu inmenso,  
cuya heroica pesadumbre  
engaña en canto halagüeño.  
Demás de que, cuando fuera  
culpa su divertimento,  
es menester que conozcas  
que los reyes los da el cielo,  
y se han de llevar humildes  
a fuer de varios sucesos,  
sin registrar la intención  
de sus arcanos misterios.  
Es hombre el rey como todos,  
aunque en fortuna diverso,

y es menester que conozca  
el leal que a sus preceptos  
asiste, que pues su estado  
lo dio excepción en el puesto,  
también en el disimulo  
debe quedar más exento;  
que tener acierto en todo  
aun no se da al que perfecto  
merece del sacro Olimpo  
infuso el conocimiento.  
El reprehender al mayor  
sólo toca, sin que atento  
profane el límite noble  
de la autoridad del puesto  
y sin que la persuasión  
irrite con el esfuerzo;  
y así, tu barbaridad  
temple el arrojito indiscreto,  
que, imitando del caribe  
el voraz impulso hambriento,  
intentas bañar con sangre  
la inquieta turba del pueblo.  
Trueca el bárbaro dictamen,  
y mira, cuando sangriento  
la muerte de Raquel trazas,  
que a la de tu rey has puesto  
de traidoras acechanzas  
fantásticos instrumentos.  
Vuelve atrás, y no prosigas,  
si no intentas que, severo,  
contra tu escándalo escupa  
el aire rayos inmensos.

GARCI:

Basta, Fernando. No así  
injuríeis el fiel afecto  
con que Álvar Núñez intenta  
rescatar de Alfonso a un tiempo  
la vida, el alma, el discurso  
que mira en cadenas puesto;  
no tu juventud ardiente  
culpe su prudente celo.  
Bien es que muera Raquel.

ALVAR:

Menos que con tal exceso

no puede vivir seguro  
ni su fe ni su gobierno.

FERNANDO:

No vengo en tal tiranía.

GARCI:

Yo sí, Fernando, pues veo  
que es menos mal que ella muera  
que no que muera su reino.

FERNANDO:

¿Por ser hermosa es culpada?

ALVAR:

No, mas es culpada siendo  
instrumento de la culpa;  
y así, juzgo por bien hecho  
que con su muerte se quite  
la causa por el efecto.  
Que no es la primera flor  
que se arranca, conociendo  
que, de mayor planta arrimo,  
quita la virtud al riesgo.

GARCI:

Muera aquesta encantadora.

FERNANDO:

(Avisar al rey pretendo; Aparte  
que yo no podré impedirlos  
si una vez están resueltos,  
y aunque aventure la vida  
importa no perder tiempo).

Vase FERNANDO

ALVAR:

Fernando por la privanza  
del rey le apoya indiscreto;  
mas, pues resueltos estamos,  
Garcí López, ¿empecemos  
a libertar nuestra patria,  
guardando el justo respeto  
que a Alfonso se debe?

GARCI:  
Así  
me parece.

ALVAR:  
Ya tenemos  
el apoyo de la reina,  
que en olvidos y desprecios  
desdenes paga, sin que  
compra Raquel lucimientos.

GARCI:  
¿Y cómo se dispondrá?

ALVAR:  
Ya yo lo tengo dispuesto;  
porque en intentos que piden  
ayuda más que consejos,  
es siempre facilitarlos  
primero que proponerlos.  
El rey ha salido a caza,  
y avisados los monteros  
están de que, con la maña  
mayor que puedan, tan lejos  
le lleven, que aunque el aviso  
de Fernando, porque es cierto  
que no ha de dejar de darle,  
habiéndonos descubierto,  
llegue a tiempo, nunca pueda  
volver a estorbarlo a tiempo.  
Y así, entretanto, nosotros  
con los muchos nos juntemos  
que aborrecen esta aleve,  
ingrato, tirano dueño,  
y volveremos aquí  
para que en el sitio mismo  
que nos ultrajó mandando  
nos desagравie muriendo;  
y así, ayudadme y callad.

GARCI:  
Tu lealtad ampare el cielo.

Vanse. Salen FERNANDO y CALVO

FERNANDO:

¿Tan presto salió?

CALVO:

Y a mí  
me dejó a que te dijese  
que hasta que él aquí volviese  
no te apartases de aquí;  
y que a Raquel solicites  
entretenerte ha pedido,  
para que entretenido  
la plaza también me quites.

FERNANDO:

(Dudoso estoy; si me voy,   Aparte  
Raquel puede peligrar,  
y él no la podrá librar  
tampoco si aquí me estoy.  
Si no le aviso le enojo,  
y si le aviso no hago  
lo que manda, y satisfago  
mal al consejo que escojo.  
No sé qué hacer).

CALVO:

¿Qué te ha dado?  
¿Quién te ha sacado de quicio?  
¿No corre bien el oficio  
Mas sí hará; que es hurtado.

Salen RAQUEL y ZARA

RAQUEL:

(Fernando está aquí; con él   Aparte  
mi soledad divertir  
quiero).

FERNANDO:

(Yo me tengo de ir).   Aparte

RAQUEL:

¡Fernando!

FERNANDO:

¿Hermosa Raquel?

RAQUEL:

En fin, ¿Alfonso se fue  
a caza?

FERNANDO:  
Presto vendrá.

RAQUEL:  
Aguardándole estará  
mi amor, mi lealtad, mi fe.  
Hablemos de él entretanto;  
que quizá con su memoria  
haré de la pena gloria  
y libertad del encanto.

FERNANDO:  
Mejor será que le vaya  
a buscar yo, porque venga  
más aprisa y porque tenga...

CALVO:  
(Muy mal su papel ensaya).      Aparte

FERNANDO:  
Consuelo tu soledad.

ZARA:  
Y nosotras, di, ¿qué haremos  
entretanto?

CALVO:  
Ahí le daremos  
un filo a la voluntad.

RAQUEL:  
Bien dices; mas no quisiera  
quitarle el gusto que tiene.

FERNANDO:  
(Disimular me conviene      Aparte  
con Raquel mi duda fiera).  
No hay gusto como tu amor.  
Darla pesar no pretendo,  
y a tiempo llegar entiendo  
que él lo remedie mejor.  
Adiós.

RAQUEL:  
Mi afecto te rige.

CALVO:  
¿Se fue?

ZARA:  
¿Cómo te dejó?

CALVO:  
Sin duda que se corrió  
de aquello que yo le dije.

RAQUEL:  
A buscar mi bien se ha ido.  
Y tú, Calvo, ¿puede ser  
que al rey dejaste?

CALVO:  
A correr  
inclinado nunca he sido;  
y así, de la caza dejo  
el afán, que me embaraza.

ZARA:  
Será porque él mejor caza  
un lobo que no un conejo.  
¿No es verdad?

CALVO:  
Aquése el robo,  
con que tu mentira entablas,  
porque en todo lo que hablas,  
hablas por boca de lobo.

ZARA:  
Él es cobarde, y la fiebre  
del miedo le desmentía.

CALVO:  
Pues, ¿acaso es valentía  
el correr como una liebre?

ZARA:  
Y un jabalí acometer,  
¿No es valor de ánimos tercios?

CALVO:  
Yo no me meto con puercos.

ZARA:  
Bien hace en no se ofender.

RAQUEL:  
Valentía y gusto encierra  
la caza en cuanto se ve.

ZARA:  
¿Y no ha oído aquello de  
"viva imagen de la guerra?"  
Pero, ¿quién se ha entrado aquí?

CALVO:  
Otro perro que te ladre.

ZARA:  
¡Ay, señora! Que es tu padre.  
Yo me voy. ¡Triste de mí!

CALVO:  
Aquí sin duda os azota,  
y será paso notable.

ZARA:  
Yo me escurro.

CALVO:  
Y yo me voy,  
si te escurres, a secarte.

Vanse. Sale DAVID

DAVID:  
¿Hija, Raquel?

RAQUEL:  
¿Qué es aquesto?  
¿Vos conmigo tan afable?  
¿Vos me llamáis hija, cuando  
no consentís que yo os llame  
padre? Pues, ¿qué novedad  
trocó así vuestro dictamen?

DAVID:

Ya no es tiempo de reñirte;  
que si entonces, por sacarte  
de este engaño, mi razón  
pudo airada amenazarte,  
hoy, que tu peligro mira  
mi amor, mi piedad no sabe,  
para poder convencerte,  
otro estilo más amante.

RAQUEL:

Pues, ¿a qué venís?

DAVID:

(¡Ay, cielos! Aparte  
No sé como declararse  
pueda mi pena). A estorbar  
tu muerte. Dime, si sabes,  
dónde está el rey.

RAQUEL:

No está aquí.

DAVID:

No me lo niegues, cobarde.  
Mira que importa tu vida.

RAQUEL:

A caza salió esta tarde.

DAVID:

Pues, mira que todo el reino  
contra ti inquieto se esparce,  
contra tu vida amenaza  
su cólera, y desiguales,  
no respetan de su rey  
las sacras inmunidades.  
"¡Muera Raquel!" dicen todos,  
y de la reina mortales  
ansias avivan sus celos,  
que ausente, más ciegos arden.  
Raquel, huye este peligro;  
nadie mejor que tu padre  
sabrás sacarte del riesgo.  
Que, si primero, ignorante

con su queja te maldijo,  
ya con su amor te persuade.  
Hoy no puede ser mayor  
la culpa, pero más grande  
puede ser el escarmiento  
si aguardas a que te alcance.  
¿Qué respondes?

RAQUEL:  
No me atrevo  
a resolverme.

DAVID:  
¿Arriesgarte  
quieres a tanto peligro?

RAQUEL:  
No juzgo que quiera nadie  
así ofender su lealtad.

DAVID:  
Antes juzgan que, leales,  
deben rescatar su rey,  
que tú en tu amor cautivaste,  
y dándote a ti la muerte,  
la vida pretenden darle.

RAQUEL:  
Yo no les quito su rey.  
Su rey, que quiso quitarme,  
es el culpado.

DAVID:  
¿Qué importa,  
si en la elección de los males,  
siempre a menor paz sujeta  
la ciega ambición del grande?  
No dudes, vente conmigo.

RAQUEL:  
¿Qué es ir? Aunque me mostrases  
más muertes que vidas tengo,  
pues si vivo de adorarle,  
¿qué más muerte que no verle?  
¿Qué más pena que dejarle?  
Alfonso es mi bien. No puedo

creer que mi mal se llame;  
si por quererle me culpan,  
dichoso delito saben.  
Merezca que lo conozcan,  
y más, que luego me maten.

Dentro

VOCES:

Cercad la casa. No quede  
resquicio, puerta ni llave  
que no guarde cuidadosa  
la solicitud más grande.

RAQUEL:

¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
Por mis venas se reparte  
un sudor frío. ¡Ay de mí!

DAVID:

Ya llega mi aviso tarde;  
ya llegó, Raquel, tu muerte,  
para que mi vida acabe.

Llora DAVID

RAQUEL:

Padre y señor, ¿qué es aquesto?

DAVID:

¿Qué ha de ser? Que tus umbrales  
pisa ya tu desventura  
en manos de desleales.

Dentro

VOCES:

¡Muera aquesta encantadora!

DAVID:

Toda el alma se me parte.

RAQUEL:

¿Qué ruido es éste? Traidores,  
¿así se profana fácil  
el templo de vuestro rey?

¿Así rinde el vasallaje  
feudo que a la reverencia  
de su adoración profane?  
¿Qué es esto? Alfonso el Octavo  
¿es vivo o muerto, cobardes?

Salen ÁLVAR Núñez, GARCI  
López y SOLDADOS

ALVAR:  
Vivo es Alfonso, y Alfonso  
también es muerto; que iguales  
efectos de tu malicia,  
fiera encantadora, nacen.  
tú nos le robas, y en ti  
con la vida ha de cobrarse.

RAQUEL:  
¿Cómo, cobardes traidores,  
así os atrevéis a hablarme?

GARCI:  
Ya, Raquel, se acabó el tiempo  
de temerte y venerarte.  
Tiene la suma desorden  
gobierno, y no siempre estable  
la Fortuna favorece.

RAQUEL:  
Decís bien, porque es mudable.  
Mirad que el rey...

ALVAR:  
Ya sabemos  
que no está aquí. Bien distante  
el término le asegura  
de que no podrá escucharte.

RAQUEL:  
(¡Qué así Fernando se fuese!    Aparte  
¡Qué así todos me dejasen!  
Ambición, ¿tú me vendiste?  
Voluntad, ¿tú me engañaste?  
Fortuna, ¿ya tu me olvidas?  
Valor, ¿ya tú no me vales?  
¿Nadie en mi favor se alienta?

¡Ay de mí! Sacras deidades,  
amparad mi desventura.  
No permitáis que mi sangre,  
bárbaramente ofendida,  
mi oscuro sepulcro manche).  
¿Qué queréis de mí?

GARCI:  
¡La vida!

RAQUEL:  
¿La vida? Alfonso la guarde.  
Quitadme a Alfonso, si acaso  
la vida queréis quitarme.  
En él la herida ejecuta  
quien contra mí la señale.  
¡No es posible! No es posible  
que vuestra lealtad agravie  
la vida del mejor rey,  
en el triunfo más cobarde.  
Mas, ¡ay de mí!, que ya veo  
que aquello que mucho vale  
mucho cuesta; mucho quise,  
y así, es bien que mucho pague.

ALVAR:  
Tu culpa busca el castigo.

RAQUEL:  
Mi culpa fue solo amarle.

GARCI:  
Tu ambición te precipita.

Vase GARCI López

RAQUEL:  
No es mucho que me arrastrase.  
¿Que en fin no tiene remedio?

ALVAR:  
Pides el remedio tarde.

RAQUEL:  
Sed testigos de mis ansias,  
cielos, hombres, brutos, aves,

peces, plantas, montes, selvas,  
sed testigos de mis males.  
Hoy muero a manos de Amor,  
ley del alma inexorable;  
por querer mucho padezco,  
consuelo me da el achaque.  
¡Ay, Alfonso! ¡Ay, pena justa!  
Pues no he de volver a hablarte  
otra vez, porque me atiendas,  
préstenme orejas los aires  
lleven mis quejas los vientos,  
digan mis penas las aves,  
publiquen mi sentimiento  
estos montes y estos valles.  
El eco cuando resuene  
adonde triste te halle,  
te avise de mi desdicha,  
Alfonso, el último trance.  
Y tú, padre, --¡oh, hado injusto--  
ya que del cielo irritaste  
la justa piedad, no irrites  
mi amor con tus impiedades;  
no llores, porque me acuerdas  
de que otra vez que lloraste  
me pusiste en ocasión  
de perderme por librarte.  
Adiós, señor; que ya voy  
a morir.

DAVID:  
Porque se arranque  
el alma con que te miro.  
¡Ay, Raquel!

RAQUEL:  
¡Querido padre!

ALVAR:  
Ea, ejecutad el orden,  
soldados.

DAVID:  
Fieros cobardes,  
¿qué queréis de una mujer?  
Matadme, ingratos, matadme  
a mí, y dejadle la vida.

SOLDADO 1:  
Mal por ella satisfacés.

SOLDADO 2:  
Aparta, caduco hebreo.

RAQUEL:  
No le injuríes, no maltrates  
de sus inocentes canas  
la lástima venerable.  
Adiós, señor.

DAVID:  
Apartad.

GARCI:  
¿Qué aguardáis?

RAQUEL:  
Alfonso el Grande,  
vive felices los siglos  
del fénix, y a las edades  
eterna tu fama asombre;  
que yo, si puede llamarse  
felicidad la desdicha,  
ostento felicidades,  
acabando por quererte,  
muriendo por adorarte.

Llévanla los SOLDADOS a RAQUEL

DAVID:  
Esperad, enemigos.  
Mas en vano mi enojo en ellos vengo;  
si de aquestos castigos  
yo solo soy el que la culpa tengo,  
yo la vida le quito,  
pues, ¿cómo así el aliento me permito?

Dentro

RAQUEL:  
¡Ay de mí!

DAVID:

Ya repite  
del último vaivén el fin postrero,  
y pues que no permite  
mi suerte el golpe de violento acero,  
¿para qué defendida,  
cielos tenéis mi desdichada vida?  
¿Para qué quiere el hado,  
entre desdichas y miserias tales,  
guardar un desdichado  
de la muerte, remedio de sus males?  
Mas, bien hace violento;  
que muerto no sintiera, y así siento.

Salen el REY y FERNANDO

REY:  
Nadie al encuentro nos sale.

FERNANDO:  
Ya temo alguna desdicha.  
Allí está David llorando.

REY:  
Mal agüero pronostica.

DAVID:  
¿Adónde, Alfonso el Octavo,  
tus torpes pasos inclinas,  
si vas a buscar la muerte  
en los brazos de la vida?  
¿Qué intenta tu ceguedad?  
¿Cómo tu aliento se anima,  
sin mirar que tus afectos  
son de Raquel homicidas?  
Si acaso quieres llorarla,  
en su sepulcro la mira,  
bañada en su misma sangre,  
con que tu pecho encendía.

Vase DAVID. Descubren a RAQUEL difunta

REY:  
¡Ay de mí! ¿Qué es lo que veo?  
¿Quién la acerada cuchilla  
en sus hermosos cristales  
dejó de púrpura tinta?

FERNANDO:  
Tus vasallos.

REY:  
¡Ay, traidores!  
¿Quién los incitó?

FERNANDO:  
Su envidia.

REY:  
Bien mi dolor lo esperaba.

FERNANDO:  
Bien mi lealtad lo temía.

REY:  
Dejadme solo, Fernando.

FERNANDO:  
La compasión me retira.

Vase FERNANDO

REY:  
¡Cielos!, ¿por qué consentís  
en tan grave alevosía,  
una injusticia tan grande,  
y que se llame justicia?  
Astros, cuyas luces bellas,  
brillante pompa del día,  
al engaño de la noche  
sabéis correr la cortina,  
¿cómo consentís que infame  
oscura tiniebla fría  
los rayos que iluminaban  
todo aquello que encendían?  
Mi bien, mi dueño, Raquel,  
sirviéndote, ¿no respira  
mortales ansias el alma  
con que espíritus anima?  
¿Contigo me dejan solo?  
Bien hacen, pues a la activa  
aprehensión con que te miro,  
es fuerza perder la vida.

No he menester más cuchillo;  
esas ondas cristalinas  
de tu cuello, salpicadas  
de sangriento humor, me sirvan  
de golfos en que me anegue;  
esas mortales heridas,  
que están respirando olores,  
contra mí incendios respiran,  
y esta mano, que en tu pecho  
indicio advierte a mi vista,  
la sinrazón del estrago,  
señalando la rüina,  
sea empeño de mi enojo,  
despertador de mis iras.

Corren la cortina

¡Venganza, Amor! Que te ofende  
sangrienta mano enemiga.  
contra el fuero que adquiriste  
en el curso de los días.  
Yo de tu parte he de ser,  
para volver por la mía,  
contra la traidora saña  
de mis vasallos; anima  
nueva venganza el estrago  
de mi lealtad ofendida.  
Como rey, no como amante;  
no con pasión, con justicia,  
debo volver por el fuero  
de mi inmunidad rompida.  
No quede vivo ninguno.  
Mueran, que así se castiga  
quien de mi respeto ultraje  
la reverencia precisa.  
Y haciéndote juez supremo,  
Amor, de su alevosía,  
en cóleras, en incendios,  
en destrozos, en venganzas,  
he de ofrecer a tu pira  
de sacrificios humanos  
holocaustos y primicias,  
viviendo sólo para ser fatiga  
de quien desprecia tus sagradas iras.

Sale CALVO

CALVO:

Y aquí, para que no aguarden,  
se da fin a la Judía  
de Toledo, que pagó  
su desgracia con su vida.

Vanse

FIN DE LA COMEDIA